ESTUDIO

SOBRE LA

PRONUNCIACIÓN DEL LATÍN CLÁSICO

EN RELACION CON LOS IDIOMAS NEOLATINOS

por el

Dr. RODOLFO OROZ

Profesor de la Universidad de Chile

Publicado en la Revista STUDIUM N.° 5-6

IMPRENTA UNIVERSITARIA
SANTIAGO DE CHILE
Estado, 63
1927

ESTUDIO

SOBRE LA

PRONUNCIACIÓN DEL LATÍN CLÁSICO

EN RELACION CON LOS IDIOMAS NEOLATINOS

por el

Dr. RODOLFO OROZ

Profesor de la Universidad de Chile

Publicado en la Revista STUDIUM N.° 5-6

IMPRENTA UNIVERSITARIA
SANTIAGO DE CHILE
Estado, 63
1927

ESTUDIO SOBRE LA PRONUNCIACION DEL LATIN CLÁSICO EN RELACION CON LOS IDIOMAS NEO-LATINOS

Por el

DR. RODOLFO OROZ S.

INDICE

	Págs.
Prólogo	5
Bibliografía	7
Introducción	9
I: La acentuación (§§ 1 - 18)	11
II: Las vocales (§§ 9 - 19)	18
1.° *La cantidad*	18
2.° *El timbre*	24
III: Los diptongos (§ 20)	26
IV: Las consonantes (§§ 21 - 60)	28

	Págs.		Págs.
1. s	28	8. v, j	37
2. f	30	9. g	39
3. h	31	10. b, d	40
4. r	32	11. p, t, c, ph. th, ch	41
5. l	33	12. c ante e, i, ae, oe, eu, y	43
6. m	35	13. ti ante vocal	48
7. n	36	14. qu	49

PRÓLOGO

Este modesto tratado acerca de la pronunciación del latín clásico no ha sido escrito para presentar novedades a los especialistas en esta materia. Está destinado, en primer lugar, a mis alumnos de latín del Instituto Pedagógico, y luego a cuantos se interesen por tales estudios.

Siendo su objeto principal servir de guía a los que se inician en los problemas de la fonética latina, he creído conveniente dar a este trabajo un carácter muy elemental.

Me ha parecido útil señalar en una serie de notas las conexiones con los idiomas neo-latinos y otras lenguas que se estudian en nuestros liceos, para contribuir al estudio comparativo de los problemas de la fonética latina y la castellana, francesa, italiana, etc., estudio tan descuidado y desdeñado en nuestro país.

Mis esfuerzos quedarían altamente recompensados, si viera que este trabajo contribuye tanto a excitar en los jóvenes estudiantes el deseo de penetrar más a fondo en esta clase de problemas como a uniformar en nuestro país la pronunciación de la hermosa lengua del Lacio.

Santiago, Noviembre de 1926.

ESTUDIO SOBRE LA PRONUNCIACION DEL LATIN CLASICO

OBRAS CONSULTADAS

1. Br. = Hermann Breuer, Kleine Phonetik des Lateinischen, Breslau, 1925.
2. Brugm. = Karl Brugmann, Kurze vergleichende Grammatik der indogermanischen Sprachen, Berlin u. Leipzig, 1922.
3. Bourciez. = Edouard Bourciez, Eléments de linguistique romane, Paris, 1923.
4. CIL = Corpus Inscriptionum Latinarum.
5. K. = Gramatici Latini ex recensione Henrici Keilii, vol. I - VII, Lipsiae, Teubner, 1880.
6. Meyer-Lübke. = Wilhelm Meyer-Lübke, Grammaire des langues romanes, traduction française, Paris, 1890-1906.
7. T. N. = T. Navarro Tomás, Manual de pronunciación española, Madrid, 1918.
8. S. = Emil Seelmann, Die Ausprache des Latein nach physiologisch-historischen Grundsätzen, Heilbronn, 1885.
9. So. = Ferdinand Sommer, Handbuch der lateinischen Laut-und Formenlehre, Heidelberg, 1914.
10. Schl. = Max Schlossarek, Die schulpraktische Bedeutung der richtigen Aussprache des klassischen Lateins, Breslau, 1924.
11. F. St. = Friedrich Stolz, Historia de la lengua latina, Traducción de Américo Castro, Madrid, 1922.
12. Walde Wtb. = Alois Walde, Lateinisches etymologisches Wörterbuch, Heidelberg, 1910.
13. Walde. = Alois Walde, Die italischen Sprachen, vol. II, 1 de: «Wilhelm Streitberg, Geschichte der indogermanischen Sprachwissenschaft, Strassburg, 1916.
14. Zauner. = Adolf Zauner, Romanische Sprachwissenschaft, Berlin und Leipzig, 1914.

ADVERTENCIA: Las transcripciones fonéticas van entre paréntesis rectangulares [ ].

El signo > entre dos palabras indica que la segunda procede etimológicamente de la primera; el inverso <, que la primera procede de la segunda.

El asterisco * indica que una forma es hipotética.

Por falta de los signos corrientes se indica la cantidad larga de las vocales por medio del acento circunflejo.

INTRODUCCION

La lengua latina ha mostrado hasta nuestros días una vitalidad admirable. Vive todavía en España, Portugal, Francia, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Rumania, en algunas partes de Bélgica, Suiza y Tirol y en las colonias españolas, portuguesas y francesas del Nuevo así como del Viejo Continente. Por ejemplo, la lengua castellana, lo mismo que las demás lenguas romances, no es sino latín que ha ido evolucionando insensiblemente; es el latín hablado, la lengua del pueblo, que se ha transformado en el llamado romance. Por otra parte, también el latín oficial y literario se ha conservado a través de los siglos como lengua de los eruditos, lengua de los libros y de las gramáticas. Y en la iglesia para la cual había sido, principalmente en los primeros días del cristianismo, un instrumento valiosísimo para la propagación de la nueva fe, el latín sigue manteniéndose, como se ve en la liturgia católica, aunque con muy poca vida, puesto que la mayor parte de los fieles repiten las palabras latinas sin tener la menor idea de lo que significan.

Aun cuando no existiera ninguna lengua romance, el latín no estaría muerto todavía. Basta abrir un diccionario de la lengua inglesa o alemana para ver la enorme cantidad de palabras de origen latino que figuran en el vocabulario de estos dos idiomas.

El presente estudio tiene por objeto resumir los puntos principales relativos a la pronunciación del latín clásico, señalando al mismo tiempo las fuentes y los medios que nos permiten determinarla. Llamaremos también la atención sobre algunos errores ya consagrados por el uso, que muestran claramente el poco interés que se ha dedicado hasta hoy a los problemas de la fonética latina en algunos países.

Sabemos perfectamente cómo se pronunciaba el latín en Roma; más todavía, conocemos también las faltas que cometían los campesinos o las gentes de las provincias. Algunos casos nos permiten distinguir hasta las épocas de la evolución fonética y trazar, a veces, toda la historia de un sonido.

NOTA.—Hay aún quienes dudan de este hecho o que ignoran en absoluto los resultados de las investigaciones fundamentales sobre estos problemas. Puedo citar por ejemplo una gramática latina, que en realidad no merecería ni siquiera ser

mencionada, la cual, sin embargo, es de mayor uso en España y aquí, cosa increíble (gramática que vió hasta el año 1914 treinta y dos ediciones), y en la cual su autor D. Raimundo de Miguel, dice: «Nos es absolutamente desconocida la pronunciación de los antiguos romanos cuando el latín era una lengua viva» . . . (Introd. pág. 1.)

Entre los serios estudios hechos sobre este tema en los siglos pasados merecen cierta atención los de LIPSIUS: «*De recta pronunciatione latinae linguae dialogus*», Amberes 1589 y los de G. SCIOPPIUS: «*De orthoepeia seu recta literarum latinarum pronunciatione*» en su gramática filosófica. Amsterdam 1664 (cp. Seelmann. p. VI). Pero la primera obra sintética en esta materia fué la de GUILLERMO CORSSEN: «*Über Aussprache, Vokalismus und Betonung der Lateinischen Sprache*» (Sobre la pronunciación, el vocalismo y la acentuación de la lengua latina). Leipzig 1858-59; 2.ª edición 1868.

Un notable progreso marca después la obra de EMILIO SEELMANN llamada: *Die Aussprache des Latein nach physiologisch-historischen Grundsätzen.* («La pronunciación del latín según principios fisiológico-históricos»). Heilbronn, 1885, obra que hasta hoy día, en su fondo, no ha sido superada y que ha servido de base a todos los tratados posteriores sobre estos problemas. Seelmann estudió detenidamente las fuentes, como por ejemplo las indicaciones y reglas de los antiguos gramáticos (1) y autores latinos, aprovechando al mismo tiempo los resultados obtenidos por la filología románica.

Muy útiles han sido también observaciones hechas por varios investigadores sobre ciertos puntos de la métrica latina, así como numerosos estudios relacionados con la ortografía.

Por lo que se refiere a la ortografía, hay que advertir que ésta representa un testigo que inspira poca confianza. La ortografía queda siempre imperfecta. Para reproducir con exactitud la pronunciación necesitaríase en muchos casos varias formas para una sola palabra. Así, por ejemplo, la preposición *a d* que queda *a d* en: *ad urbem*, suena *a t* en: *ad Trebiam; in* se convierte en *iŋ* en: *in Graecia; m* se hace *n* en *Musam neque*, etc. La escritura es, pues, engañosa; pero donde ella nos deja en duda, nos sirven a veces las transcripciones griegas de voces latinas, verbigracia *Kreskens* = *Crescens*, etc.

(1) Entre estos sobresalen, Terencio Mauro (siglo 3.º d. C.), el fonetista «*κατ''εξοχη'ν*» como lo llama Seelmann (p. 169), Terencio Escauro (siglo 2.º d. C.), Velio Longo (siglo 2.º d. C.), Donato (siglo 4.º d. C.), Prisciano (siglo 6.º d. C.). V. Grammatici latini ex recensione Henrici Keilii, vol. 1-7.º, Lipsiae, 1857-1880.

Estudio sobre la pronunciación del latín clásico

LA ACENTUACIÓN

§ 1.

Para hacer realzar una sílaba dentro de una palabra la lengua dispone de los siguientes medios: tono, cantidad e intensidad.

Por el tono se entiende la altura musical de un sonido; la cantidad es su duración y la intensidad se llama el mayor o menor grado de fuerza espiratoria con que se pronuncia un sonido. (Más pormenores: T. N. §§ 18, 19, 21, 22).

No podemos examinar aquí los distintos idiomas para ver cuál de estos factores prevalece en la acentuación. Recordamos sólo que en las lenguas germánicas, como el alemán, inglés, etc., predomina la intensidad, así como en la mayoría de las lenguas romances. El francés moderno se distingue de los demás idiomas neolatinos en este punto, porque el elemento preponderante en su acentuación lo constituye el tono.

§ 2.

En la lengua latina vemos que la cantidad y sobre todo la intensidad son los factores más importantes de la acentuación. En las palabras: *mûnicipium; nôtitia; flêbiliter; rîdiculus; rôboreus*, se distingue claramente el acento de cantidad del de intensidad; pues en todos estos ejemplos la primera sílaba está caracterizada por su cantidad relativamente larga (la primera vocal es larga en los ejemplos que se han citado) y la segunda sílaba por su intensidad relativamente fuerte, con excepción de la palabra *mûnicipium*, en la cual el acento de intensidad recae sobre la tercera sílaba, o sea la antepenúltima.

§ 3.

Estos dos acentos pueden combinarse y recaer en una sola sílaba en las voces latinas que constan de tres o más sílabas. Cuando en es-

tas palabras la penúltima es larga, ésta lleva también el acento de intensidad, verbigracia: *a-mâ-re, lon-gi-tû-do, pe-pen-di, mo-mor-di.* En las dos primeras palabras la penúltima es larga, porque contiene una vocal larga, y en los otros ejemplos porque termina en consonante. En la forma verbal *pependi*(pe-pen-di), la sílaba-*pen*-es más larga que la primera sílaba *pe*-a causa de la *n;* y análogamente, la sílaba *-mor-* en *mo-mor-di* es más larga que la que le precede (1). Ahora, hay casos, en que la penúltima termina en consonante, conteniendo, además una vocal larga, v. g.: *adôrnô, conscrîptum*, y es lógico que sobre ella ha de cargarse el acento.

En los ejemplos: *amâre, longitûdo*, la penúltima es larga por naturaleza, como decían los latinos (n a t u r â), en los otros por posición (p o s i t i o n e).

NOTA 1. Los términos «n a t u r a» y «p o s i t i o n e» son las traducciones latinas de φυσει y θεσει. El significado primitivo de p o s i t i o n e l o n g a que era «larga por acuerdo o arreglo», fué olvidado pronto y los gramáticos consideraban que tal sílaba era larga por «posición», o sea porque su vocal (breve) se hallaba ante dos consonantes; más todavía, se oscureció el primitivo significado en la expresión «positio debilis», lo que quiere decir, más o menos, alargamiento débil (véase § 3, nota 3).

NOTA 2.—Respecto de la d i v i s i ó n d e l a s s í l a b a s los gramáticos latinos (Caesellius, Servius, siglo 5.°; cp. Seelmann. p. 140 sgg.) declaran que las consonantes agrupadas en medio de dicción se refieren a la vocal de la sílaba que sigue siempre que puedan principiar dicción, es decir, siempre que ese grupo de consonantes pueda pronunciarse en posición inicial absoluta; v. g.: *ar-ma; cen-tum; il-le;* pero: *ma-gnus* (no mag-nus); *pote-stas* (no potes-tas). Las inscripciones y manuscritos, sin embargo, atestiguan, que con excepción del grupo *muda + líquida*, la sílaba termina normalmente entre las dos consonantes, juntando la primera con la vocal precedente y la segunda con la siguiente: *praes-to; pug-na;* pero: *tene-brae* (2), etc.
Confirman esta división las lenguas romances (por ej. italiano, francés), que tratan sus vocales de una manera distinta, según que éstas se hallen en sílaba libre o en posición: el diptongo *ie* en ital. *pietra* (en cast. piedra; en fr.

---

(1) No tiene importancia para nuestro objeto la diferencia de duración entre la *n* y la *r*. La vibrante simple es más breve que la nasal. Por lo que se refiere al castellano, véase T. N. § 171.

(2) Aún hoy, en las lenguas romances, estas combinaciones se refieren siempre a la vocal que sigue; v. g.: Cast.: *ha-blar; a-bril; te-cla;* etc. (A. Bello-R. J. Cuervo Gram. de la leng. cast. § 24). Ital.: *li-bro; re-plicare;* Fr.: *peu-ple; siè-cle.*

pierre) pide para el latín vulgar una división en *pe-tra;* mientras que el ital. *vespa,* sin diptongo, corresponde a *ues-pa* (comp So., § 162).

NOTA 3.—Cuando en palabras de tres o más sílabas la penúltima no era larga, ni por naturaleza ni por posición, se colocaba el acento en la antepenúltima. (Véase § 2 *municipium*). Ocupa, sin embargo, un puesto especial la penúltima, que está en lo que se llama «positio debilis» o sea en la posición formada por una *oclusiva* (b, p, t, d, g, c) seguida de una *líquida* (*r, l*). En este caso el latín clásico vacilaba en la acentuación; Lucrecio mide: *tenêbrae* (VI, 490) y *tenebrae* (III, 414); Ovidio, Met. XIII, 607: *et primo similis volucri, mox vera volûcris;* Virgilio Aen. II, 663; *Natum ante ora patris, pâtrem qui obtruncat ad aras.* Pero el latín vulgar (cp. la métrica de Plauto y Terencio) acentuaba la vocal que precedía al grupo de *oclusiva* + *r, l* y trata la vocal como las que se hallan en sílaba abierta: *intégru*(*m*), de donde, cast., *entero;* fr. *entier;* ital., *intéro;* port. *enteiro. Tenébras,* de donde, cast.: *tinieblas. Colúbra*>*colóbra, de donde, cast.: *culebra;* fr.: *couleuvre* (cp. Nyrop, Gram. hist. I, § 138).

§ 4.

Resumiendo, podemos decir que *el latín clásico colocaba el acento en la sílaba penúltima, cuando ésta era larga, ya por naturaleza, ya por posición, y lo colocaba en la antepenúltima cuando la penúltima era breve.*

Pero hoy día sabemos también—ya no hay duda de eso—que esta acentuación clásica vino a reemplazar a otra. Fué el filólogo alemán A. DIETRICH («Zur Geschichte des Accentsim Latein» en Kuhn's Zeitsch. I, p. 543 sgg.), el que descubrió la ley de acentuación prehistórica, la cual consistía en *acentuar fuertemente la sílaba inicial de cada palabra.* Resultó esta ley de la observación hecha en numerosos ejemplos, en que las vocales breves de las sílabas no iniciales, o sea principalmente en la segunda sílaba de una palabra, se perdieron o se debilitaron, mientras que el vocalismo de las sílabas iniciales no sufrió ninguna modificación que pudiera explicarse como cambio verificado en sílaba átona.

En los casos como por ej.: 1), sc*a*ndo frente a asc*e*ndo; 2), f*a*cilis : diff*i*cilis; 3), quindecim<*quinqu*e*decim; 4), undecim<*oin*o*decim, encontraremos la debilitación (1, 2), respectivamente la pérdida completa (3, 4) de aquellas vocales en que, según la acentuación clásica, recae el acento. Fué esta la circunstancia que impidió ver la verdadera causa de estos cambios.

Ya parece casi seguro que esta acentuación se ha conservado hasta el comienzo de los tiempos históricos. Pues lo que resulta de

la inscripción *Manios med fehfhaked Numasioi* (=Manius me fecit Numerio) de una fíbula de oro que se descubrió en Preneste (unos 50 años atrás), y que data de poco después del año 600 antes de nuestra era, así como de la inscripción que se encontró en el Foro, hace unos 20 años, y que remonta aproximadamente al año 500 a. de J. C., en la cual aparecen formas como: *sakros esed* (sacer erit); *iouestod* (iusto), atestiguan que la debilitación de las vocales y las síncopas no se habían verificado todavía en esa época, sino tan sólo en el siglo 5.°, a J. C., o quizás en el siglo 4.°. En casos especiales se ha conservado la acentuación de la sílaba inicial hasta los tiempos literarios, puesto que las formas *facilius, meminero, reficerent* las acentuaban Plauto y Terencio con preferencia en la primera sílaba (cp. Walde, p. 157). Por esta misma acentuación se explican los siguientes cambios:

accípio	<*áccipio	<*ádcapio
accéptus	<*ácceptos	<*ádcaptos
pepérci	<*péperci	<*péparci (cp. parco)
inérmis		(cp. arma)
cécini	<*cécani,	(cp. cano)
fefélli	<*féfalli	(cp. fallo)
conclúdo	<*cónclaudo	(cp. claudo) S. p. 33; So. § 70-74; Brugm. §§ 57, 348).

Basándonos únicamente en las indicaciones de los antiguos gramáticos latinos, diríamos sin vacilar que la acentuación latina de los tiempos históricos debía haber sido esencialmente musical. A esta teoría se atienen, en lo principal, la mayoría de los investigadores franceses, desde WEIL y BENLOEW (Théorie générale de l'accentuation latine, Paris-Berlín 1855) hasta VENDRYES (Recherches sur l'histoire et les effets de l'intensité en latin, 1902); A. C. JURET «L'évolution du timbre des voyelles brèves en latin»; en «Mémoires de la Société de Linguistique», 1919, p. 100-107, «Manuel de Phonétique latine», 1921, p. 298-307; véase también F. STOLZ, Hist. de la leng. lat. p. 66, nota de A. Castro; MAROUZEAU (Le latin, Paris, 1923) (véase nota (1), y otros. Pues los antiguos gramáticos y retóricos no

(1) «... au temps de Cicéron, il n'y avait sans doute pas d'accent du tout ou plutôt il y avait autre chose qu'un accent d'intensité: au lieu de prononcer *plus fort* une syllabe du mot, on la prononçait *plus haut;* au lieu de frapper la mesure, on élevait la note sur une syllabe»... (p. 58).

Entre los adversarios de esta teoría, puede citarse de los latinistas franceses Alcide Macé, que en su pequeño manual «La prononciation du latin», Paris 1911, dice claramente: «La plupart des ouvrages publiés chez nous sur cette question

hablan sino de la elevación de la voz (*altitudo*), y sólo desde fines del siglo 4.° después de J. C. usan los términos «*intentio, plus sonat, maiorem habet potestatem*», que se refieren a la acentuación intensiva. De esto se ha deducido que en esa época se haya cumplido el paso de la acentuación musical a la intensiva que muestran las lenguas romances. Pero de la historia de la lengua latina así como de la métrica relativa a la época arcaica resulta que también en el período clásico predominaba el acento de intensidad (Véase: Walde, p. 150 sg.; So. § 72; Brugm. § 58; Scholl: De accentu linguae latinae veterum grammaticorum testimonia, Leipzig. 1876).

Por lo que se refiere a la formación de las lenguas romances, el acento musical no ha tenido ninguna importancia. Y si el acento de altura predomina hoy en francés no puede considerarse este modo de acentuar como continuación directa de las condiciones latinas, puesto que la formación del francés supone la existencia del acento intensivo. Desgraciadamente no conocemos la historia del acento musical en los idiomas neolatinos; Nyrop dice, a este respecto, refiriéndose al francés: «Il est probable que l'accent musical a joué un rôle très considérable en vieux français, comme en latin, mais nous sommes hors d'état d'en déterminer le caractère d'une manière précise; c'est seulement pour la langue actuelle qu'on a des renseignements sur l'accent de hauteur». (I, § 134).

«No se puede determinar con exactitud la relación que había entre la intensidad y el tono en la latinidad de los tiempos históricos. Cierto es que también después del desarrollo de la nueva acentuación latina no ha faltado en absoluto el elemento espiratorio y según toda probabilidad éste ha prevalecido sobre el musical durante toda la antigüedad». (Brugm. § 58).

§ 5.

Las diferencias en la c a n t i d a d (duración) de las vocales y sílabas se muestran claramente en la métrica latina, en la cual se ve a menudo que una sílaba (larga) puede equivaler a dos (breves); así por ej. equivale el espondeo *uôbîs* en valor cuantitativo al dáctilo *dîcere* y al anapesto *dominô*.

Luego, la idéntica suerte que tuvieron las vocales en los idiomas neolatinos nos permiten sacar conclusiones muy valiosas relativas

---

assimilent sans aucune restriction l'accent latin á l'accent grec, et considèrent qu'il était lui-même essentiellement et exclusivement caractérisé par la h a u t e u r de la tonique.» (p. 15). «La confusion entre l'essence de l'accent grec et celle de l'accent latin est... explicable; mais nous devons l'éviter et indiquer nettement que l' i n t e n s i t é était le caractère essentiel de l'accent latin.» (p. 30).

a la cantidad de éstas. Sabido es que las vocales breves sufrieron cambios distintos de los que se observan en el desarrollo de las largas. Así vemos que la *e* breve (acentuada) en *pedem* que da en castellano *pie* (francés *pied*, italiano *piede)* se desarrolló de una manera completamente distinta en comparación con la *e* larga en *têla*, como prueban las formas cast., port. ital. *tela* (franc. *toile);* la forma latina *uîtam* pasa al castellano y portugués *vida* (ital. *vita;* fr. *vie);* mientras que lat. *minus* (con *i* breve) da en castellano y portugués *menos* (ital. *meno;* fr. *moins*).

NOTA.—Estos pocos ejemplos basten para demostrar que podemos averiguar la duración de una vocal por el estudio tanto de la métrica latina como de la fonética de las lenguas románicas. Mas, la causa de por qué una vocal latina tiene precisamente, tal cantidad y no otra, nos la revela un estudio histórico del latín más antiguo. Este nos deja ver, por ejemplo, que la forma de latín clásico *dîuus*, era en latín arcaico *deiuos;* lat. clásico, *ûnus*, aparecía en latín arcaico como *oinos*, es decir que la *î* y la *û* sustituyeron los antiguos diptongos *ei* y *oi* respectivamente.

§ 6.

No menos claro reflejan las lenguas romances el grado de i n t e n s i d a d del acento de las palabras latinas. Los ejemplos más típicos nos los ofrece el francés; v. g.: lat. *vacca*, da en francés *vache;* aquí la *a* acentuada se ha conservado, mientras que la otra que se hallaba en sílaba átona se redujo a *e* y al fin dejó de sonar. Algo semejante ocurre también en los demás idiomas neolatinos. En castellano, sin embargo, los cambios que sufren las vocales no acentuadas no son de tan grandes proporciones como en francés.

En la conversación ordinaria, la vocal inacentuada es generalmente breve.

El sustantivo *señor* (ital. *signore*, fr. *seigneur*) del latín *seniorem* muestra como el acusativo, que representa a todos los casos con el acento en la penúltima, suplantó al nominativo (que reemplaza también al vocativo) *sénior* con acento distinto (1).

NOTA.—«En pronunciación lenta o enfática (las vocales inacentuadas) se mantienen de ordinario claras y distintas; pero en el lenguaje familiar y corriente reducen y relajan su articula-

(1) En fr. se ha conservado el nominativo *senior* en la forma antigua *sendra*, sendre (sendroe) fr. mod. *sire;* comp. Serm. de Strassbourg: «Karlus meos sendra (=Carolus meus senior); lat. senior>*sen'r>sendre(>*sindre>*sidre> sire).

ción;...pero dentro de su relajación, la vocal débil española mantiene siempre su timbre en una relación suficientemente clara con el tipo normal a que corresponde, sin llegar, por consiguiente, al caso de las vocales indistintas que aparecen en otros idiomas» (T. N. § 44).

§ 7.

En los dos párrafos anteriores hemos indicado ligeramente cómo la acentuación latina, caracterizada principalmente por la intensidad y la cantidad, persiste aún hoy con los mismos elementos en las lenguas romances. Y hay que agregar que como deja ver la evolución histórica, el acento intensivo sobrepujaba al otro.

Una prueba evidente de la importancia del acento de intensidad nos ofrece la l e y y á m b i c a o de breves breviantes (2).

Se verificaba sobre todo en vocablos yámbicos, de manera que un grupo yámbico de sílabas que lleva el acento en la breve o que precede inmediatamente a la sílaba acentuada se hace pirriquio; es decir, el grupo yámbico v́— se transforma en pirriquio v́v: *benê > bene; *malê > male; *modô > modo; *mihî > mihi; *capîs > capis; y en el interior de palabras v — v́ se convierte en vvv́: *olêfácere > olefacere.

Tal abreviación que se verifica por efecto del acento que cae en la sílaba vecina se explica sólo por la fuerza de un acento de intensidad.

En la segunda persona de singular del imperativo: *ámâ*, la primera sílaba se distingue por su intensidad fuerte, la segunda por su cantidad larga. El acento intensivo persiste aún hoy en el mismo lugar en castellano; la cantidad de la segunda sílaba, sin embargo, cambió, la *a* final se abrevió. La misma evolución se observa en los demás idiomas romances; v. g.: lat. *amâ* da en francés: *aime* [ɛ:m] (Br. § 8).

§ 8.

Llama la atención un grupo de palabras que llevan el *acento en la sílaba final* (oxítonos). Esta acentuación ocurre en formas que resultaron por síncopa o pérdida de la vocal final.

Así:

a): cuando la partícula *c e* se hizo *c* : *illíc* de **illîce*; *istúc* de **istûce.*

(2) Fué descubierta por C. F. W. Müller (1869), complementada por Klotz)1890) y Skutsch (1890), que le dió la siguiente formulación: «eine jambische Silbenfolge, die den Ton auf der Kürze trägt oder der die tontragende Silbe unmittelbar folgt, wird pyrrhichisch» (Vollmöllers «Jahresbericht» 1890, p. 33).

b): en los imperativos de los compuestos de *dîc* y *dûc* (de *dîce*, *dûce*): *addíc*, *addúc*.

c): en los nominativos singulares de los masculinos apocopados en *-as* (de-*âtis*): *nostrás*, *Arpinás*.

d): en las formas contractas del pretérito perfecto, v. g.: *audít=audîuit*; *fûmát=fûmâuit*.

e) : en el verbo compuesto *calefís*, segunda persona de *calefîô*, donde se reconocía la composición, como se ve también en *cale-fácio*, *cale-fácis*, etc., que no ha sufrido la debilitación de la vocal *a* (comp. *conficio*) (So. § 71, 1).

NOTA.—Debido a la añadidura de las partículas enclíticas - *que* (cast. = *y*),- *ue* (cast. = *o*), *-ne* (partícula interrogativa), -ce (partícula demostrativa) el acento pasa a la sílaba final de la palabra que precede: *musâque*, *dominúsue*, *uidésne*, *huiúsce* (So., Gr. § 6. Nota;S. p. 40).

LAS VOCALES

1.° *La cantidad*

§ 9.

En la pronunciación de los vocablos latinos es indispensable distinguir, entre vocales largas y vocales breves (1). Pues, numerosas palabras de significado completamente distinto no se diferencian sino en la cantidad de la vocal: *populus* (pueblo) (o breve) frente a *pôpulus* (álamo); *leuis* (leve) (e breve) frente a *lêuis* (liso); *malus* (malo) (a breve); pero *mâlus* (mástil); *palus* (pantano) (a breve), pero *pâlus* (palo); *plaga* (red) (a breve); pero *plâga* (golpe); *edo* (yo como), (e breve), pero *êdo* (doy a ver); *uictus* (vencido) (i breve), pero, *uîctus* (el sustento); *lectus* (lecho), (e breve), pero *lêctus* (escogido); *labrum* (labio) (a breve) frente a *lâbrum* (pila) etc.

No se puede aplicar al latín las mismas leyes de cantidad vocálica atribuídas a otros idiomas, como por ejemplo, el alemán, etc. Conforme a estas leyes se considera larga toda vocal acentuada en sílaba abierta (= ante consonante sencilla seguida de otra vocal), y breve, en sílaba cerrada (= seguida de dos o más consonantes). Pero, se-

(1) En castellano el caso es distinto; en la pronunciación ordinaria española no hay vocales propiamente largas: «como regla práctica debe, pues, entenderse que las vocales españolas en la conversación corriente son siempre breves, y que la denominación de largas que se aplica a estas vocales en determinados casos, sólo representa un grado de superioridad relativa con respecto de los diversos matices de duración que el uso distingue dentro de la brevedad general de todas ellas.» (T. N.§ 167.)

gún hemos visto, el latín tiene también vocales breves en sílaba abierta (comp. *po-pulus*) (o breve) y vocales largas en sílabas cerrada (comp. *uîc-tus*) (i larga).

NOTA.—En alto alemán moderno se dice, pues, *Nase* [ná:zə], *Klagen* [klá:gən]; pero *Masse* [másə]. Estas vocales largas en sílaba abierta, sin embargo, en la mayoría de los casos no han sido largas desde el principio. En antiguo alto alemán, así como en alemán medioeval decíase todavía: nase, ligen, geben, loben, klagen (con vocal acentuada breve). En el siglo 16 se verificó el alargamiento de las vocales breves en sílabas abiertas.
El mismo cambio cuantitativo sufrieron las vocales e, a, o en inglés, v. g.:

ant.	inglés	*talu*>*tale*	[tá:le]	(siglo	13)
»	»	*stelan*>*stelen*	[stɛ́:len]	»	»
»	»	*stofu*> *stove*	[stɔ':ve]	»	»

Por una evolución idéntica pasaron también las vocales breves del latín, sobre todo *e*, *o* a fines de la época imperial. Debido al efecto del acento de intensidad, estas vocales se alargaron y después se diptongaron bajo ciertas condiciones: así por ejemplo, lat. *no-uum*>**nô-uu*(*m*)>cast. *nuevo*, italiano *nuovo*, ant. fr. *nuef;* lat. *pe-dem*>*pê-de(m) >cast. *pie*, ital. *piede*, fr. *pied*, etc.

§ 10.

Es muy importante, pues, tener presente que la cantidad de una vocal no está en ninguna relación con el número de consonantes que le siguen. La vecindad de los sonidos no nos permite determinar a priori la duración de una vocal, pues, lat. *rûsticus* (rústico) y *sagitta* (saeta) prueban que una vocal en sílaba larga por posición puede ser independientemente larga o breve por naturaleza. En este caso la métrica latina no nos sirve tampoco, porque para ella una sílaba cuenta como larga cuando una vocal breve va seguida de dos consonantes—de las cuales la segunda puede pertenecer a la palabra que sigue—(*sagitta*). El conocimiento de la cantidad de las vocales, sin embargo, es indispensable para ciertos estudios (fonética histórica de los idiomas neolatinos, etc). ¿Dónde y cómo podemos averiguarla? Tenemos que recurrir a las indicaciones de los antiguos gramáticos, a los diversos signos usados en las inscripciones, a las formas de las lenguas emparentadas y al desarrollo de las lenguas romances. El estudio de la etimología de las palabras nos enseña que, por ejemplo, *rûsticus* deriva de *rûs* (u larga); *uîctus* debe relacionarse con *uîuo* (i larga); *prîscus*<**prîs-* (i larga) que

aparece en *prîmus* = *prismu* en peligno (1); *scrîptum* tiene la misma raíz que *scrîbo* (i larga), *fîxum* viene de *fîgo* (i larga); *exîstimo* nació de **éxaistumo; lûctus* (comp. *lûgeo*) pide una raíz **leug-* como resulta de la comparación con otras lenguas (véase A. Walde Wtb. p. 445); *ûssi* de *ûro* < **eus-*, y está demás decir que una vocal que se deriva de un diptongo (como *î* de *ai; û* de *eu*), era larga. Las lenguas romances confirman la cantidad larga de la vocal en muchos ejemplos; castellano: *escrito, fijo*, etc.

§ 11.

Para determinar la cantidad de vocales en posición pueden prestarnos buenos servicios, a veces, algunas particularidades gráficas. En la segunda mitad del siglo 2.º antes de J. C., imitando la costumbre del osco, el poeta latino ACCIO trató de introducir en Roma, aunque con poco éxito, las grafías dobles para designar las vocales largas; v. g.: *paastores* (2) Para la *i* larga empleó el grupo *ei*, pues éste se había desarrollado por *e* a *i* en el curso del siglo 2.º (So. § 62).

Más tarde, en tiempo de Sila, se usó la «i longa» (I, una i agrandada hacia arriba) para indicar la i larga. Pero este signo se aplicó luego también a la *i* breve y aún a la *i* consonántica (3).

En el último siglo antes de nuestra era apareció el uso del «apex» (ápice) o acento agudo (de diversas formas), pero sin absoluta regularidad, de modo que estos medios gráficos no siempre reflejan el verdadero estado de las cosas, siendo por tanto, sólo de relativo valor para la determinación exacta de la cantidad de las vocales.

§ 12.

Mayor confianza inspira el resultado que nos da el estudio (comparativo) de los idiomas neolatinos. Si, por ejemplo la *u* de lat. *fûste(m)* no hubiera sido larga, ésta se habría cambiado en *o* como en *gutta*, que dió en castellano *gota* (port. *gotta*, fr. *goutte*); pero así quedó *u* como se ve en cast., ital., port., *fuste* (ant. fr. *fust*, mod. *fût*).

La *i* latina de *trîste(m)* debe haber sido larga también, como prueba cast., port., ital. *triste* (ant. fr. *trist* mod. *triste*), mientras que la *i* breve se transformó en *e*, v. g.: lat. *siccu(m)* dió cast. *seco* (ital., port. *secco*. fr. *sec*).

Para estas conclusiones a posteriori es de inapreciable valor nuestro propio idioma, porque en castellano se diptongan la *e* y la *o*

(1) Idioma de un pueblo de los Abruzos.

(2) Ya antes de Accio se halla a a s t u t i e i s (véase So. § 9, 7; nota 2).

(3) So. § 9, 7.

no sólo en sílaba abierta, sino también «en posición», v. g.: cast. *huésped* (fr. *hôte* ital. *ospite* port. *hospede*) prueba que la forma latina *hospite(m)* tenía una *o* breve [comp. cast. *fuerte* con fr. *fort*, ital. *forte* de lat. *fortem;* cast. *puesto*, frente a ital., port. *posto*, ant. fr. *post*, mod. *dé-pôt*, de lat. *pos(i)tu(m)*]; luego cast. *tierra* (ital., port. *terra*, fr. *terre*) invoca para el latín *terra(m)* una *e* breve. Servicios análogos nos prestaría en el caso de la *e* también el rumano, v. g.: *fier* (fr. *fer* ital., port. *ferro*) del latín *ferru(m)*. El mismo fenómeno de la diptongación de la *e* aún en posición, se encuentra en el valón y en el patuá de Namur, p. ej. *fyèr* (fierro) (1).

§ 13.

A veces ofrece cierta duda la pronunciación de las vocales inacentuadas que en castellano son generalmente breves y que tienden a relajar su articulación; p. ej., jueves (χwévəs); hermanos (con *o* relajada) etc. En latín, las desinencias en vocal + s, como:

ês	en	*cīvês*
ôs	»	*dominôs*
âs	»	*mensâs*

tenían la vocal larga, porque, como nos enseña su historia, representan contracciones de-*ens*, -*ons*, -*ans*. El sufijo indoeuropeo -*n s* ha perdido la *n*, alargando, en cambio, la vocal temática.

§ 14.

Para determinar la cantidad de las vocales en las sílabas finales, es muy útil estudiar las formas del latín arcaico que en las terminaciones conservan los antiguos diptongos, v. g.: *soueis* = *suîs; senatous* = *senatûs;* también la comparación con otros dialectos itálicos, puede servirnos en estas cuestiones. Un pariente muy cercano del latín, es por ej., el osco, idioma que revela un carácter muy antiguo (2): osco *deivinais*, = lat. *dîuînîs;* lo mismo el peligno: *suois cnatois* = lat. *suîs nâtîs;* pelig. *sefei* = lat. *sibi* (So. §§ 188, 201, 260).

Además nos prueba la métrica latina que estas terminaciones eran largas aún en la época clásica.

NOTA.—En el período del romance, sin embargo, todas las vocales originariamente largas de las sílabas finales, se abreviaron o se perdieron: comp. lat. *oculôs* > cast. *ojos* cuya se-

(1) Véase Nyrop I.°, § 164.

(2) El osco se hablaba en Campania, Samnio, Lucania y en algunas regiones de Apulia y Brutio.

gunda *o* se pronuncia con cierta relajación; fr. ant. *oilz* mod. *yeux;* lat. *auctorês*> fr. *auteurs*, etc. Es interesante ver que ya en el siglo 2.° después de J. C., desaparece fonéticamente la diferencia entre *i* breve y *e* larga en las sílabas débiles: sing. *facilis* y plural *facilês* sonaban igual (v. S. p. 75).

§ 15.

En algunos casos las vocales latinas deben su cantidad larga a la influencia de una consonante que seguía. Puede hablarse en este punto, más bien de un alargamiento compensativo por una consonante debilitada. La fuerza que pierde la consonante pasa a la vocal precedente, alargándola. Pero si la consonante recobra en el curso del tiempo su primitiva resistencia, la vocal vuelve a su antiguo estado de brevedad.

Alargamiento de la vocal tuvo lugar en el latín clásico, principalmente ante los grupos: a), *ns* o *nf;* b), *nc;* c), *ct;* d), *x;* e), *gn;* f), *r* + *consonante.*

NOTA.—En castellano no hay, en general, alargamiento de las vocales ante grupos determinados de consonantes, salvo en algunas circunstancias especiales, como en el lenguaje lento, en la pronunciación fuerte del habla a distancia o en los pregones callejeros. (Véase T. N. § 44.)

Es muy corriente, sin embargo, en otros idiomas. En antiguo inglés, por ej., ocurre el alargamiento de la vocal acentuada delante de un grupo de consonantes homorgánicas (*ld*, *nd*, *rd*, *mb*, *ng;* siglo 9.°), ant. ingl. *cild*>*cîld* de ahí *child* [tʃaild]; *word*> *wôrd*>*word* [wə:d]; y en inglés mod. ante los grupos: *lf*, *lm*, *ll* (siglo 17); v. g.: *calf* [ka:f], *hall* [hɔ:l]. Es un alargamiento de compensación, porque desaparece la primera consonante del grupo. Esta clase de alargamiento se encuentra también en ciertas regiones de Alemania ante *r*+ *cons.: arm*[a:m]; *Art* [a:t].

En francés vemos que las nasales agrupadas producen el mismo efecto: *France* [frɑ̃:s], *monte* [mɔ̃:t], *humble* [œ̃:bl].

§ 16.

1. *Vocal* + *ns* o *nf.* Cicerón, que como se sabe, fué el primero en reconocer este fenómeno, se refiere únicamente a la vocal de los prefijos *in* y *con*, como se ve en el pasaje «De Oratore», 48, 159; «Pronunciamos *indoctus*, con i breve inicial, *însanus*, en cambio con i larga, *inhumanus* con i breve, *înfelix* con i larga. En resumidas cuentas, cuando una voz empieza por las mismas letras con las cuales comienzan las palabras *sapiens* o *felix*, se alarga la vocal del prefijo, en los otros casos queda breve. Lo mismo se ve en *composuit*, *cônsueuit*, *concrepuit*, *cônfecit:* ateniéndose al lenguaje

correcto se censurará esto, pero confiando en el oído, se aprobará» (1).

Pero la verdad es que—como atestiguan las inscripciones en que se marca con un acento la cantidad larga de una vocal (v. g. *mênsor* CIL V, 6786), luego las indicaciones de numerosos gramáticos (véase S. p. 88), y las transcripciones griegas (v. g. μῆνσα, véase S. p. 89)—toda vocal se hizo larga ante *ns* y *nf*. De ahí no solamente *cônsul*, *cônsuetudo*, *cônfero*, *însula*, *însanus*, sino también *mênsa*, *mênsis praebêns*, *totiêns*.

NOTA 1.—Este fenómeno debe haber sido algo común a los distintos dialectos itálicos, como se ve en los ejemplos del osco: *keenzstur*= lat. *censor;* umbrío: *aanfehtaf*= lat. *înfectâs* (So. § 83, 2), donde las duplicaciones indican las vocales largas.

2.—*Vocal+nc+cons.* Alargamiento de la vocal ocurre también ante n c + c o n s o n a n t e, v. g.: *coniûnx*, *sânctuc*, *ûnctus* frente a *iungo*, *sancio*, *ungo* (S. p. 78; So. § 83, 3). La vocal larga expresada por la duplicación se halla en osco: *saahtom*, = lat. *sanctum* (Br. § 19, 2). En la palabra latina *quîn(c)tus* se perdió la *c* sólo en la época de Augusto; *quîntum* dió cast. *quinto* (comp. ant. fr. *quint*, fr. Charles-*Quint*). Por analogía se introdujo la *i* larga también en *quînque* de *quinque* (2) que se trasformó en *cinque* (CIL X, 7172). de donde fr. *cinq;* cast. *cinco*, con vocal final influída por *cuatro*.

NOTA.—Las formas francesas *ceint* (=*cînctum*), *teint* (=*tînctum*), *point* (=*pûnctum*), piden para el lat. vulgar vocal breve (*i*, *u*), pues, la *i* larga se habría conservado y la *u* larga se habría transformado en [y]: *fîlu(m)*>*fil; mûru(m)*>*mur*. Las vocales breves de estas formas podrían explicarse, entonces, por la influencia de las del presente.

3.—*Vocal+n g.* Igual efecto produjo el grupo *g n* en la vocal precedente. v. g.: *dîgnus*, *sîgnum*, *rêgnum* Así lo prueban también las inscripciones *seignum* CIL I, 42, etc.

NOTA.—Ciertas indicaciones de los gramáticos, sin embargo, así como las lenguas romances, no concuerdan con esta *i* larga. Por ej.: cast. *deñar* (<*dignare*), *desdeñar* (<*d i s d i g n a-

(1) «...indoctus dicimus breui prima littera, insanus producta, inhumanus brevi, infelix longa et, ne multis, quibus in verbis eae primae litterae sunt, quae in sapiente atque felice, producte dicitur, in ceteris omnibus breuiter, itemque composuit, consueuit, concrepuit, confecit: consule ueritatem, reprehendet; refer ad aures, probabunt.»

(2).—Comp, gr. πεντε; la *e* breve indoeuropea se hizo *i* ante nasal +cons. v. g.: inglés. b i n d <ingl. ant. b i n d a n<raíz *b h e n d h.

r e), *seña* (<signa), ital. *degno, segno*, fr. *dédain, seing*, y otros no pueden explicarse por formas con *i* larga. Parece, pues, que este alargamiento de la vocal no ha sido sino regional. Cast. *signo, digno*, fr. *signe, digne* son formas cultas.

4. *Vocal* + *d*+*t*, *g*+*t*. Los participios de perfecto pas. en *-t o-*, según Lachmann, alargan la vocal de la raíz cuando preceden al sufijo las cons. oclusivas *g, d: lêctus* (<**leg-to-s*) de *lego* (e breve); *âctus* (<**ag-to-s*) de *ago* (a breve); *uîsus* (<**uid-to-s*) de *uideo* (i breve); *câsus* (<**cad-to-s*) de *cado* (a breve).

5. *Vocal* + *x*. Parece que una vocal breve fué alargada ante el grupo etimológico *g s*: *Mâximus* del radical *mag-* (a breve) (comp. *mag-is* (a breve)); *pâxillus* de *pag-* (a breve).

6. *Vocal* +*r*. + *cons*. Pocos datos seguros, —carecemos casi en absoluto de indicaciones de parte de los antiguos gramáticos—tenemos sobre el alargamiento de las vocales breves ante *r*+ *consonante*. Parece que se trata de un fenómeno temporal y regionalmente limitado; v. g.: *Mârcus, ôrdo, ôrnamentum, fîrmus* (con vocal radical larga), sin embargo, están asegurados por inscripciones.

NOTA .—El desarrollo en las lenguas románicas confirma la *ô* en *ôrdo, ôrno, fôrma*, etc. Pero llama la atención, la *i* larga en *fîrmus*, frente a fr. *ferme*, ital. *fermo*, cast. *enfermo* (de *infirmus*) que todos piden una forma *firmus* con *i* breve para el lat. vulgar. Igualmente supone vocal breve la forma castellana *fuerte* (de lat. vulgar *forte(m)*).

2.º EL TIMBRE

§ 17.

Entre las cualidades esenciales de los sonidos articulados, la que importa más considerar en las vocales es el timbre, o sea el matiz característico de una vocal. Aunque no tengamos todavía datos definitivos del análisis acústico del timbre de las vocales españolas, podemos decir que hay que darle mayor importancia a los diferentes matices de una misma vocal que a su cantidad (1). Por lo que se refiere sobre todo a las vocales *e, o* existen en castellano matices diferentes que el oído alcanza a distinguir perfectamente, aunque no

(1) Comp. T. N. § 33.

llegan a ser tan señalados como por ej. en francés y alemán. Compárese la *e* en:

	cast.: *pecho*	[pe'tʃɔ]	con la *e* en:	*guerra*	[gɛ'ra]
	fr.: *été*	[ete] (1)		*père*	[pɛ:r]
	alem.: *legen*	[le':gən]		*Bett*	[bɛt]
la *o* en:	cast.: *coche*	[ko'tʃe] (2)	con la *o* en:	*torre*	[tɔ're]
	fr.: *chose*	[ʃo:z]		*corps*	[kɔ:r]
	alem.: *Rose*	[ro':zə]		*Gott*	[gɔt]

Lo mismo se observa en la vocal de:

fr.: *deux*	[dø]	alem.: *schön*	[ʃø:n]
» *fleur*	[flœ:r]	» *können*	[kœ'nən]

§ 18.

En latín, las vocales breves en sílaba tónica son abiertas, las vocales largas, cerradas; por ej.:

sedet	[sɛ'dɛt]	*uidêmus*	[widé:mus]
prope	[prɔ'pɛ]	*nômen*	[no':mɛn]
agô	[a'go:]	*mâter*	[mɑ':tɛr]
sitis	[sítis[	*fîlum*	[fi':lum]
sub	[sub]	*lûna*	[lú:na]

de manera que la *e* breve y la *o* breve también en sílaba abierta acentuada, donde tienden en castellano a una pronunciación más cerrada deben sonar con un timbre bastante abierto.

§ 19.

Respecto de su timbre, merece especial atención la *i* breve átona de algunas palabras, en los casos en que esta *i* era seguida de una consonante labial (*p, b, f, m*) y representada en la escritura luego por *i*, luego por *u*. Ha de haber sido, pues, un sonido intermedio entre la *u* y la *i*, o sea [y] (3), v. g.: *maxumus* (maximus), *pontufex* (ponti-

(1) La *e* suena algo más cerrada que la *e* en pecho.

(2) El timbre de ésta es menos cerrado que el de la *o* en fr. c h o s e, alem. R o s e.

(3) Comp. Quintiliano inst. 1.°, 4, 8: «medius est quidam u et i litterae sonus». Que este sonido tenía cierta particularidad puede verse ya del hecho de que el emperador Claudio que se ocupaba mucho en cuestiones gramaticales quería introducir un signo nuevo (Ⱶ) para indicar este sonido.

fex), *lubertos* (libertos), *clupeum* (clipeum). Las inscripciones y los gramáticos nos enseñan que el uso de la *u* representa la ortografía arcaica, la *i*, la moderna (clásica). Hasta la 2.ª mitad del siglo 2.º antes de J. C. las inscripciones no tienen sino *u*. El pasaje en Quintiliano (Inst.I, 7, 21) (1) que dice que la ortografía *optimus, maximus* con *i* en el medio aparece por primera vez en una inscripción de César quien la introdujo, sólo puede entenderse en el sentido de que César haya dado a la ortografía con *i* el carácter de norma, porque las formas con *i* aparecen ya en el año 117 antes de J. C. (So. § 75).

NOTA.—Esta diferencia que hay en la articulación de las vocales latinas, dividiéndolas en abiertas y cerradas, se ha conservado en las lenguas románicas, como ya hemos mencionado. Sobre todo, para la pronunciación del italiano es sumamente útil conocer la cantidad de las vocales latinas, pues según que eran largas o breves se pronuncian hoy día cerradas o abiertas en italiano, v. g.: lat. *crēdit*> ital. *crede* [krede]; lat. *peccat*> ital. *pecca* [pɛkka], (2)

III. Los diptongos

§ 20.

El latín distinguió entre diptongos decrecientes, o sea acentuados en su primer elemento: *ae, oe, au, eu, ei*; y diptongos crecientes, o sea acentuados en su segundo elemento: *ui* y otros que empiezan por *u*. En el latín clásico estos grupos fonéticos eran verdaderos diptongos (del griego διφθογγος <δις = dos y φθο'γγος = sonido) es decir que sonaban los dos elementos. Las reducciones como *au* > o (*Clodius* = *Claudius*), que aparecen ya en la época clásica, son fenómenos dialectales.

1. *Ae.* Hasta el tiempo imperial *ae* era un verdadero diptongo (*a*+*e*) igual a *ai, ei* en las palabras alemanas *Kaiser* [kai'zər] *Zeit* [tʃait]. El nombre de *Caesar* llegó al alemán con el diptongo *ae* como prueba la forma actual K*aiser* (ant. alto alemán *keisur*).

---

(1) «iam'optimus maximus' ut mediam i litteram quae ueteribus u fuerat› acciperent, Gai primum Caesaris inscriptione traditur factum.»

(2) «La quantità è venuta morendo e oggi si può dire che non si avverta più; ma il suono delle vocali, stretto o largo, generalmente s'è conservato in italiano, o in altri modi vi si rispecchia; tanto che, conoscendo la quantità d'una vocale latina, possiamo più o meno dedurne qual debba essere la pronunzia italiana; come, all'oposto, dalla pronunzia italiana si può risalire alla quantità latina.» (L. Morandi e G. Cappuccini, Gram. italiana, p. 16).

En las inscripciones más antiguas aparece *ai* (a fines del siglo 3.° antes de J. C.: *aide* (= *aedem*) CIL,I, 9, pero ya desde el principio del siglo 2.° antes de J. C. se escribe *ae: aedem* (1) (So. § 61).

La reducción de *ae* a una simple vocal [ɛ:] ya es antigua, pero triunfó definitivamente sólo en el siglo 5.° De esta época data la falsa pronunciación (del clásico *ae*), que aún se enseña en algunos países. (2)

NOTA .—Las lenguas románicas nos prueban que esta *ae* [=ɛ] era un sonido abierto, pues lo trataron como la *e* breve; lt. *caelum* dió en cast. e ital. *cielo*, fr. *ciel*, como lt. *tenet* se transformó en cast. *tiene*.
Influencia dialectal, puede verse en la evolución de cast. *prea* (fr. proie) que viene de *prêda*, probablemente, variante dialectal de *praeda*; cast. *heno* (fr. *foin*) de lat. *fênum*, variante de *faenum* (Bourciez, § 51, a. So. § 61, nota 3).

2. *Oe.* Este diptongo fué *oi* hasta el siglo 2.° antes de J. C., como atestiguan los documentos, v. g.: *oino* (=lt. *ûnum*); pero, igual que el *ai* se hizo *ae*, *oi* se transformó en el d i p t o n g o *oe* [ɔi], que se conservó como tal hasta la época clásica, y más tarde aún en las palabras que comienzan con *p* o *f* salvo cuando seguía una *i* en la próxima sílaba: *poena*, *Poenus* (frente a *pûnicus*); *foedus;* y donde el diptongo fué el resultado de contracción: *coepî* de *co-êpî*.

Por lo demás este *oe* pasó luego a *û: ûnum*(<*oinom*), *mûrus* (<*moerus*, *moiros*,) etc.

NOTA.—De las formas de las lenguas neolatinas deducimos que el diptongo *oe* se desarrolló por [ø] a una *e* larga y cerrada [e:]; v. g.: lt. *poena* > *pêna*, de donde cast. e ital. *pena*. En fr. esta *e* se diptongó y dió *ei: peine*. Se ha conservado delante de nasal (*plênu*(*m*) > *plein* fr.) mientras que en los demás casos *ei* se cambió en *oi* (Nyrop, I.°, § 156).

3. *Au.* Este diptongo se ha conservado hasta el comienzo de la época histórica y en parte ha llegado hasta las lenguas romances, como podemos ver en el sardo, rumano, provenzal y en los dialectos del sur de Italia. Rum. *aude*<lat. *audit;* ant. prov. *au;* sicil. *tauru*

(1) Muy interesantes son, a este respecto, las anotaciones de Terencio Escauro (K. VII, 16,5): a igitur littera praeposit(iu)a est... e litter(ae) ... et apud antiquos i littera pro ea scribebatur, ut testantur μεταπλασμοι in quibus est eius modi syllabarum diductio, ut'pictai uestis'et 'aulai medio' pro pictae et aulae. sed magis in illis e nouissima sonat...

(2) Comp. las indicaciones respectivas en las gramáticas de R. de Miguel, Caro y Cuervo, etc.

de lat. *taurum* (V. Bourciez § 160; Zauner I, § 32; Meyer-Lübke Gram. I., 234).

Pero, por otra parte, la antigua reducción de este diptongo a *o*, que, en un principio, debe haber sido fenómeno dialectal y vulgar se introdujo en algunas partes, también en el lenguaje culto. Esta *o* aparece en cast., francés e italiano; v. g.: lat. *audit* > cast. *oye;* ant. fr. *ot*; ital. *ode.*

NOTA.—En los dialectos hablados en las cercanías de Roma y en el latín vulgar, el diptongo *au*, de antiguo ya se había transformado en *o*, de ahí el nombre de los *Plotii* y *Clodii* que se habían separado de los *Plautii* y *Claudii*. Pero que se consideraba como correcta o más bien elegante la pronunciación de *au* en vez de *o*, nos muestra la pequeña anécdota que cuenta Suetonio del emperador Vespasiano, quien, enseñado por Mestrius F l o r u s que debía decirse *plaustra* y no *plostra*, saludó al día siguiente a éste, llamándolo «F l a u r u s» (V. Walde, Wtb. p. 590). (1)

4. *Eu.* Hállase en latín clásico en algunas palabras de formación tardía, como *seu*, *neu*, *ceu*, y en la interjección *heu*. En todos estos casos la pronunciación del diptongo era [ɛu] y no tiene nada que ver con el diptongo *eu* del alemán que suena [ɔi], como en *heulen* [hɔi'lən].

El pronombre indefinido *neuter* representa una contracción de *ne*+*uter* y se pronunciaba, en un principio, como palabra trisílaba.

5. *Ei.* Consérvase este diptongo en el dativo y genitivo del pronombre *is: ei*(<eî), *eius;* lo mismo que en *eidem;* en las interjecciones *hei, ei.* En la poesía aparece este diptongo a veces en el caso de sinéresis, v. g.: *deinde*, *de*(*h*)*inc.*

6. *Ui.* Este diptongo se encuentra en *huic*, *cui* y en la interjección *hui.*

LAS CONSONANTES

I.—s. (2)

§ 21.

En la época clásica, el latín conocía sólo la *s* áfona; v. g.: *sol*, *questus*, *rosa*, *gloriosus*. Todos estos ejemplos deben pronunciarse

(1) «Mestrium Florum consularem admonitus ab eo plaustra potius quam plostra dicenda postero die Flaurum salutauit.»

(2) En la fonética se distinguen dos clases de *s:* la sonora como en a s n o y la áfona o sorda, como en r o s a. La misma distinción existe en francés, inglés y alemán. Véase T. N., §§ 15 y 109.

con *s* «dura» o sorda. Una prueba evidente de este carácter de la *s* son los cambios que produjo en los sonidos vecinos:

1.° *b* se hizo *p* por la influencia de la *s* sorda en:

lapsus (comp. *labor*), *scrîpsî* (frente a *scrîbô*), luego *g* + *s* se convierte en *x*: *auxilium* (comp. *augeô*); *maximus* (comp. *magis*).

2.° La ortografía fonética en: *traps*, *pleps*, *urps* (v. Terencio Escauro), que por influencia de las formas de los otros casos, generalmente, se escriben *trabs*, *plebs*, *urbs*. La pronunciación con *p* debe haber sido muy corriente, pues se la censura en el App. Probi: *celebs non celeps* 60, 181, 184, 205.

3.° Entre *m* y *s* se intercala una *p* (y no una *b*, que habría aparecido, si la *s* hubiera sido sonora): *sumpsi* de **sum-si; hiemps* (frente a *hiems*) (S. p. 304, So. § 136, 2).

NOTA.—El mismo carácter áfono conservó la *s* en el latín vulgar y en las lenguas románicas. En castellano, aparece la *s* sonora únicamente en posición final de sílaba, precediendo inmediatamente a otra consonante sonora (T. N. § 109): *asno, desde.* En antiguo castellano pronunciábase sonora la *s* intervocálica: *pesar* (<pensare), *casa*, *cosa*, etc. (V. Menéndez Pidal, Gram. hist. § 42), pero durante el siglo 16 se ensordeció otra vez: [kasa], etc.: los judíos españoles de Salónica, sin embargo, pronuncian aún hoy [káza], etc. con la *s* sonora (Bourciez § 337, b).

Parecidas a las condiciones del castellano moderno son las del rumano e italiano, aunque este último distinga «un suono aspro e uno dolce» *cosa* [s] frente a *uso* [z].

En francés, la *s* (en cuanto se pronuncia) también es áfona, menos en posición intervocálica, v. g.: *usurper* [yzyrpe] y en los casos de asimilación regresiva o progresiva, por ej.: *asbeste* [azbɛst]; *balsam* [balzam], etc.

§ 22.

En tiempos preliterarios, el latín poseía también una *s* sonora, o sea la *s* intervocálica que se hizo regularmente *r*, fenómeno denominado *rotacismo* (1). Así, por ejemplo, se desarrolló a u *r* o *r* a de *a u *s* ô *s*-â; g e n e *r* i s de *g e n e *s*-e s; h o n o *r* i s de *h o-n o *s*-e s (comp. h o n o s); p l u *r* i m a de p l u *s* i m a.

Hacia mediados del siglo 4.° antes de J. C., el rotacismo latino ya se había cumplido, pues la introducción de la ortografía con *r* está asegurada para ese período. Según el testimonio de Cicerón (ad. fam. IX, 21, 2), *Papirius Crassus*—dictador en el año 339 a. de J. C.—fué

(1) Derivado del nombre de la letra griega ρ = ro ($\rho\omega$).

el primero de su familia que dejó de llamarse *Papisius* (1) (v. So. § 111).

En una serie de palabras los gramáticos (Varrón, Ter. Escauro) citan todavía las formas con la antigua *-s-*, v. g.: *meliosem* por *meliorem; lases y lares*, etc.

El efecto disimilatorio de una *r* en la sílaba siguiente impidió a veces el cambio de la *s* en *r*, como por ej.: *miser* (comp. *maestus*). donde **mizer* no alcanzó a transformarse en **mirer*, porque la *s*, según parece, se ensordeció otra vez, cuando se perdió el sonido [*z*] en la lengua latina. (v. So. § 111, Brugm § 290).

NOTA.—Este cambio de la *s* en *r* es un fenómeno que se observa también en las lenguas germánicas. En inglés tenemos, por ej.: conforme a la ley de Verner, I wa*s*, pero we we*r*e; en ant. inglés, el verbo to chose hacía el pret. perf. sing. cea*s*, pero el plur. cu*r*on; lo mismo en ant. alto alem.: cho*s* - chu*r*um.

§ 23.

Por lo demás, una *-s-* intervocálica del latín clásico, v. g.: *caesus dîuîsiô, causa, odiôsus* procede:

1) De la simplificación de *-ss-*, o sea de una *s* larga (que no debe confundirse con una *s* doble) que aparecía tras vocales largas o diptongos. En tiempos de Cicerón y de Virgilio escribíase, según dice Quintiliano (I, 7, 20) *diuissio, caussa*, etc. Hacia fines de la época republicana empieza la reducción del grupo *-ss-* (v. So. § 119).

Caesus proviene de **kaidtos* (comp. supra § 16, 4) que se hizo **caissos*, luego *caessus* y después *caesus*.

El sufijo *- ôsus* era originariamente *- onsus* (< *ouensso-s de -o-unt^{s}to-s; comp. Brugm. § 393) que se desarrolló a *-ôssus* y luego dió *-ôsus*.

2) De la analogía: *nisi*, por influencia de *si; positus* (=po+situs) por analogía con *situs*.

2.—*f*.

§ 24.

Según el testimonio de los gramáticos, la *f* latina era un sonido labio-dental y como observa Sommer (§ 112) con razón, no debe considerarse como sonido esencialmente labial, en la época re-

(1) «tum Papisii dicebamini post hunc XIII fuerunt sella curuli ante L. Papirium Crassum, qui primum Papisius est uocari desitus.»

publicana, por el simple hecho que la nasal precedente algunas veces aparezca como *m*, (en lugar de *n* que representa la regla); v. g.: *im fronte* (CIL, I, 1420) porque una *m* puede estar perfectamente delante de una *f* labio dental.

3.—*h*.

§ 25.

En la época clásica la *h* ya había dejado de sonar, aunque aparezca en la escritura.

En posición interior la *h* debe haber desaparecido ya antes de verificarse el rotacismo (=cambio de *s* intervocálica en *r*) como se ve en: *diribeô* de **dis-habeô*. Perdióse también en: *nêmô* de **nehemô* (arc. *hemô*, por la influencia de la *o* final se convirtió en *homô*); *bîmus* de **bi-himos* (=de dos inviernos, comp. *hiems*); *nîl* al lado de *nihil*; *mî* frente a *mihi*.

La *h* inicial perdió igualmente su valor fónico en la prosodia clásica. Sólo en la poesía de la época imperial alcanzó a desempeñar cierto papel como consonante por los esfuerzos de algunos gramáticos.

Desapareció la *h* inicial sin dejar vestigio en *anser*, que como enseña una comparación con sánsc. *hamsah*, ant. alto alem. *gans*, griego χήν, antiguamente fué **hânser*.

Caracterizan también el ningún valor fonético de esta consonante las grafías equivocadas (ultra-correcciones) apareciendo una *h* inicial donde etimológicamente no tiene razón de ser; en inscripciones encontramos: *hire=ire; hac=ac;* en manuscritos: *humerus* en vez de *umerus*, etc.

En los círculos de la gente culta, sin embargo, tratábase de mantener la pronunciación de la *h*, porque se creía que esto era señal de buena educación. Esta tendencia que no era más que una moda propagada por ciertas claces sociales, tiene su origen en el deseo de imitar en todo a los griegos, que se esforzaban también de mantener vivo, aunque artificialmente, el «espíritu áspero» para la lengua culta.

Conocidísimo es el epigrama 84 del CATULO, en el cual cierto *Arrius* se cree el hombre más cultivado del mundo al pronunciar «*hinsidias*».

> Chommoda dicebat, si quando commoda uellet
> dicere et hinsidias Arrius insidias:
> et tum mirifice sperabat se esse locutum,
> quum, quantum poterat, dixerat hinsidias...

Los gramaticos y sabios de las épocas posteriores comúnmente no consideran la *h* como consonante sino como mera «nota de aspiración».

NOTA.—Las lenguas románicas reflejan el estado latino en este punto, pues la *h* no hace ningún papel importante en ellas. Algunas, como por ej. el italiano (1) y el provenzal, eliminaron la *h* completamente. Tampoco tiene representación en el castellano antiguo, como enseñan los ejemplos: *onor*, *eredero*, etc. del Diccionario de Nebrija. Reaparece sólo en el siglo 17 (v. el Diccionario de Covarrubias de 1611), pero sin valor fonético. Unicamente cuando se empleaba en vez de una *f* latina, la *h* era verdadera aspirada en el castellano de los siglos 15 y 16.
En Francia entró la *h* con las palabras germánicas, v. g.: *honte*< germ. *hauniða* (ant. alto alem. *hônida*).
Esta *h* germánica llamada *h aspirée*, existe hasta hoy día en la ortografía francesa y aun se pronuncia en las partes de Francia en que la población tiene un alto porcentaje de sangre germánica, como la Valonia, Normandía y Lorena.

4.—*r*.

§ 26.

La *r* latina era, según dicen los antiguos gramáticos (por ej. Terencio Mauro, K. VI, 332, 238; Lucilio. IX, 29; v. S. p. 309), un sonido ápico-alveolar vibrante. Prueba la articulación en la parte anterior de la cavidad bucal el que no se haya verificado el cambio de una *e* en *o* ante *r*, cuando en la sílaba siguiente había una *o*, *ô;* lo que se debe al carácter ápico-alveolar de la *r: ferus* (pero *homô*<*hemô*) y que una *o* se transformase en *e* en el grupo *uo-;* v. g.: lat. arc. *uorsus*>*uersus; uortex* se hace *uertex* (So. § 57, 2). Además, viendo que en numerosos casos la *r* latina proviene de una *s* (v. § 22), *l* o *d*, se comprende fácilmente que ella ha de haber sido un sonido del carácter mencionado, pues sería imposible imaginar que las citadas tres consonantes se desarrollasen a una *r* velar.

§ 27.

La gran afinidad de articulación que hay entre la *r* y la *l* como sonidos alveolares explican que estas consonantes se trastruecan a menudo en la pronunciación, por razón de comodidad. Así el sufijo *-alis* se hace *-aris*, cuando otra *l* aparece en el tema (disimilación

(1) «La lettera h è l'unica che non reppresenti alcun suono, e (salvo qualche nome proprie, come Rho, Santhià, ecc.) serve solo a indicare quando il *c* e il *g* prendono suono gutturale: china, ghiro. (L. Morandi e G. Cappuccini p. 7).

progresiva): **singulalis>singularis; *militalis>militaris* (frente a m u r a l i s). Un caso análogo presenta la forma : *caerul(e)us* por **caelul(e)us* de *caelum*. Disimilación regresiva, como en el ejemplo anterior, se halla también en la forma tardía *pelegrînus* (frente a lat. clás. *peregrînus*), de donde fr. *pèlerin*, ital. *pellegrino*, alem. *Pilgrim* (pero cast. *peregrino*).

La *d* se convirtió en *r* en *merîdiês* de **medî-diês* (comp. *medius*), donde la posición adoptada por la lengua para la articulación de la labial puede haber ejercido cierta influencia. (v. So. § 106, 2; § 121).

§ 28.

Lo que hemos dicho sobre la pronunciación de la *r* latina encuentra su confirmación por las lenguas romances, que en general, conservan el carácter ápico-alveolar (v. T. N. § 115). En francés, sin embargo, predomina actualmente la *r* velar. Pero esta *r* apareció sólo en el siglo 17, antes había sido una *r* apical vibrante (*r roulé*) que sobre todo en la pronunciación urbana (=culta) se hizo velar (*r grasseyé*). Interesante es un pasaje del «Bourgeois gentilhomme» de Molière (1670) que revela que aun en el siglo 17, los franceses cultos dieron preferencia al sonido lingual: Le Maître de Philosophie: «Et l'R, en portant le bout de la langue jusqu'au haut du palais; de sorte qu'étant frôlée par l'air qui sort avec force, elle lui cède, et revient, toujours au même endroit, faisant une manière de tremblement: R,RA.» (acte II, sc. VI).

5.—*l*.

§ 29.

Según el testimonio de PRISCIANO, (I, 38) dijo Plinio el viejo, en sus observaciones sobre la pronunciación de este sonido que se distinguían tres clases de *l* en latín: 1) s o n u s e x i l i s (tenue), en palabras como *il-le;* 2) s. p l e n u s, en fin de sílaba o de palabra, v. g.: *sol*, *silua*, o después de consonantes teutosilábicas: *flauus;* 3) s. m e d i u s, en los demás casos, v. g.: *lectus* (1).

Estas observaciones de Plinio, se refieren, como agrega Seelmann (p. 325) a la «standard pronunciation», pues en el habla vulgar, el sonido presentaba otras variantes más, que los gramáticos caracterizan como vicios . A pesar de todas estas descripciones, resulta aún muy difícil formarse una idea bien clara de la naturaleza de las varie-

(1) «l triplicem, ut Plinio uidetur, sonum habet: exilem, quando geminatur secundo loco posita ut «il-le» «Metel-lus», plenum quando finit nomina uel syllabas et quando aliquam habet ante se in eadem syllaba consonantem ut «sol» «silua» «flauus» «clarus», medium in aliis, ut «lectus» «lectum».

dades de la *l*. Datos más seguros suministra el estudio de algunos fenómenos fonéticos de la época arcaica, que prueban que el latín distinguía, a lo menos una *l* posterior (velar) y otra anterior (palatal).

Aunque la ortografía no revela esta diferencia, se la reconoce fácilmente por sus efectos.

Ante una *l* posterior se oscurece a menudo el vocalismo, lo que no ocurre ante la *l* palatal; de manera que una *l velar* aparecía en medio de palabra ante las vocales a, o, u, ante consonantes y en posición final de palabra; la *l palatal* ante las vocales de la serie anterior (vocales palatales), y en *ll* (So. § 97).

§ 30.

Los ejemplos que damos a continuación van a ilustrar y probar lo que hemos dicho en el párrafo anterior. La *l* era velar:

1) En posición final: *exul*; el sufijo *-sul* viene de **-sal* que pasó por **-sel*, **-sol* a *-sul*.

2) Ante consonante: *perculsus* de **pĕrcelsos* (comp. *percellô*). *multa* de *molta* (la *l* como sonido grave hizo que la *o* precedente se cambiara en la vocal más grave, o sea la *u*, que es la vocal velar más cerrada, y cuanto más cerrada es la vocal, en la serie velar, más grave es su timbre. (v. T. N., § 34, 35).

3) En posición interior: *Siculus* = Σικελο'ς (comp., supra § 30, 1), *uolô* de **uelô*.

§ 31.

La *l* palatal, en cambio, se presenta en:
uelim que conservó la *e* de la raíz *uel-* frente a *uolô*, *uelle* de **uel-se;* *uellem* de **uel-sem*.

NOTA 1.—También en el latín tardío, la *l* delante de consonante debe haber sido velar, en algunos casos, puesto que el grupo *al* pudo convertirse en *au*, como prueba la grafía *cauculus* = *calculus*. La *l* velar y la *u* son dos sonidos que fonéticamente están muy cerca uno del otro, por lo que hallamos la vocalización de la *l* también en cast. *soto* de lat. *saltu* que pasó por **sauto* (comp. port. *souto*) fr. *saut;* cast. *otro* de lat. *alteru*>**autro;* comp. port. *outro* fr. *autre*.

El mismo fenómeno se encuentra en ciertos dialectos del reto-romano y en el sur de Italia.

En el inglés medio observamos un desarrollo semejante, pues, entre las vocales *a*, *o*, y una *l* velar se intercaló una *u*, que junto con la vocal anterior produjo un diptongo; en algunos casos desapareció la *l* en la pronunciación después de haber desarrollado la *u;* v. g.: *folk* [fouk]; lo mismo

sucede en escocés, que suprimió la *l* también en la escritura, por ejemplo: *gowd* (=ingl. g o l d [gould]).

NOTA 2.—Las consonantes iniciales agrupadas que constan de consonante sorda seguida de *l* muestran en castellano una evolución especial, asimilándose la consonante inicial a la siguiente y produciéndose la palatal *ll;* v. g.: lat. *clamare*> *llamar;* lat. *plagam*>*llaga;* lat. *flammam*>*llama*.

Las voces que conservan el grupo c l - , f l-, p l- son de época posterior o revelan influencia culta.

Palatalizóse en *ll* también la *-ll-* latina en posición interior: *caballum*>*caballo;* lo mismo ocurrió con *b'l* y *ffl* después de vocal: *trib(u)lum*>*trillo; afflare*>*hallar*.

En francés resultó un sonido palatal (*l mouillé*) del grupo *li* ante vocal *folia* fr. *feuille* (ital. *foglia*, prov., port., *folha*); y de *c*+*l*: lat *apicula*>fr. *abeille* (comp. port. *abelha*).

Las nasales.

6.—*m*.

§ 32.

En principio de dicción la *m* latina era siempre consonante bilabial y sonaba como en castellano. En medio de dicción sufría varios cambios, adaptándose, en general, al punto de articulación de la consonante siguiente.

1) Ante dental se hizo *n: centum* de I. E. **kmtom* (comp. lituanio *szim̃tas*); *septendecim* de *septemdecim*. Por razones etimológicas conservóse a menudo la *m* ante dental, en la ortografía: *quamdiu* siendo la pronunciación normal de esta palabra *quandiu*, forma que aparece en inscripciones (CIL VI, 10231).

2) Ante gutural: pasó a ŋ: *anceps* [a'ŋkeps] (de dos cabezas) de **amceps* (comp. la preposición *am(b)-* en *ambo*, etc.,) *princeps* [prí:ŋkeps] forma sincopada de **primoceps*. A este sonido ŋ se refieren las observaciones de Prisciano y de Mario Victorino—de mediados del siglo 4.° d. C.—(K. II, 30 VI, 19). recomendando la ortografía con *g*, usada por Accio, a imitación del griego, *agceps* (S. p. 270).

En posición final la *-m* se redujo mucho cuando seguía una vocal, según atestiguan los gramáticos (Quintiliano IX, 4, 39: «etiamsi scribitur, tamen parum exprimitur, ut «multum ille» et «quantum erat») y en las épocas posteriores dejó de sonar en absoluto, como asevera Velio Longo (K. VII, 54): «sic enim cum dicitur «illum ego» et «omnium optimum», «illum» et «omnium» aeque m terminat nec tamen in enuntiatione apparet.»

Como se desprende de otra noticia del mismo autor esta *-m*

final se transformó en un sonido difícil de precisar cuando estaba delante de consonante: «non numquam plenius per n quam per m enuntiatur, ut cum dico «etiam nunc», quamuis per m scribam, nescio quomodo tamen exprimere non possum» (K. VII, 78).

En las inscripciones más antiguas se omite a menudo la *-m* final, sin tomar en consideración la clase de consonante que sigue: *oino* = *ûnum; oplumo* = *optumum* (CIL, I, 9, siglo 3.° a. C).

En el curso del siglo 2.° a. C. la *-m* final se hizo más constante, de modo que aun no era completamente muda. En las inscripciones vulgares más tardías, sin embargo, la pérdida de la *-m* es muy frecuente. (So. § 170).

NOTA.—En las lenguas romances la *-m* final se perdió, con excepción de algunos casos aislados, o sea en los monosílabos en los cuales se convirtió en *-n;* v. g.: cast. *quien*<*quem* (comp. port. *quem* [kẽi]); cast. *con*<*cum; tan*<*tam; cuan*<*quam;* comp. fr. *rien*<*rem*.

7.—*n*.

§ 33.

La *n* latina era como inicial de palabra o de sílaba, según la interpretación que da Seelmann a las distintas referencias de los antiguos gramáticos (por ej. TERENCIANO MAURO, MARIO VICTORINO; v. S. p. 269, sg.) un sonido sonoro, en cuya articulación el predorso de la lengua se apoya contra la cara interior de los incisivos superiores.

En castellano, el órgano activo es la punta y no el predorso de la lengua, que, según los sonidos contiguos, se apoya contra los alvéolos o contra las encías de los incisivos superiores.

§ 34.

Sobre la debilitación respectivamente la pérdida de la *n* en los grupos *ns* y *nf*, véase lo que hemos dicho en el § 16.

NOTA.—En las sílabas *ins, cons* y *trans* se advierte en castellano moderno la misma tendencia que se hizo notar en latín, es decir a una pronunciación débil, breve y relajada de la *n* que, en ciertos casos, se reduce a una simple nasalización de la vocal anterior, y a veces se pierde por completo, fenómeno constante en el habla popular, v. g.: *transformar* suena [trãsfɔrmáɹ] o [trasfɔrmáɹ]. (T. N. § 111).

§ 35.

La *n* asimila fácilmente su punto de articulación al de la consonante siguiente: resulta bilabial ante *p, b;* v. g.: *improbus;* de *in-*

probus; imbuo=inbuo, etc. (comp. en castellano: *en pie* [em pjé], *sin par* [sim páɹ], T. N. § 87).

§ 36.

En contacto con una consonante velar (*g, k*) la *n* se asimila a la articulación de ésta, por lo que se refiere a la posición de la lengua; pero en la ortografía queda *n*, porque no había signo especial para [ŋ] (v. § 32, 2): *fingo, incipio*, etc. indudablemente han de leerse [fíŋgo:], [iŋkípio:].

El mismo sonido aparece en castellano, v. g.: *banco* [báŋkɔ]; *pongo* [pɔ'ŋgɔ], etc. Parecido es el caso del inglés: *finger* [fíŋgə], *hunger* [hʌ'ŋgə], etc.

Seelmann (p. 269), cree que esta ŋ era en latín un sonido más bien palatal que velar, porque en el habla vulgar a menudo fué reemplazado por *n*, así en el grupo *-nct-* [ŋkt] que vulgarmente sonaba *-nt-*: *sanctus*>*santus*, de donde cast. *santo*.

NOTA.—En castellano la *-nn-* latina se desarrolló a un sonido patalizado especial: *ñ:* lat. *pannum* dió *paño*, etc.

LAS SEMIVOCALES

8.—*v, j*.

§ 37.

Sabîdo es que los romanos no distinguían en la escritura la *u* (vocal) de la *u* (*v*) (consonante). Ambos sonidos expresábanse por el signo V. En palabras como por ejemplo, *murus*, el sonido en cuestión forma sílaba; en este caso la *u* es una verdadera vocal; en *lingua* [líŋgwa], en cambio, que se contaba como palabra disilábica, la *u* [w] no forma sílaba y se la llama «semivocal».

A veces esta *u* [w] se convirtió en verdadera vocal, principalmente, en el grupo inicial *su-*: *suâuis* [swɑ':wis] (=2 sílabas)>*suâüis* [suɑ':wis] (=3 sílabas), y como trisílabo pasó al romance, pues el italiano *soave* así como el ant. fr. *soéf* (fr. mod. *suave* es forma culta) suponen al lado de lat. *sŭâuis* [swɑ':wis] una forma *sŭâüis*, en que la primera *u* es verdadera vocal.

§ 38.

El carácter esencialmente vocálico de la *u* [w] queda comprobado por el frecuente cambio con la vocal *u;* comp. *ca-ueô* y *cautum; la-uô* y *lautum;* y luego por las indicaciones de los gramáticos. Es verdad

que ninguno de ellos menciona una diferencia relativa a la articulación o al timbre que podía haber entre la *u* (vocal) y la *u* (consonante), pero sí que advierten que la *u* en *uos* o *Ualerio* no es una vocal.

Desde mediados del siglo 2.° d. C. se confirma que la *ŭ* [w] va acompañada de un ligero ruido fricativo que caracteriza las semivocales; así dice VELIO LONGO (K. VII, 58, 17) que la *u* en *ualente, primitiuo* suena—en oposición a la que va unida con la q— «cum aliqua aspiratione».

NOTA.—En las épocas posteriores, esta *u* se transformó paulatinamente en una consonante fricativa bilabial que desde el siglo 3.° d. C. se confunde con otro sonido bilabial, la *b*, usándose estos dos signos indiferentemente, según comprueban las numerosas inscripciones: *incomparauili* (CIL, IX 746) 1209), *uenae* (=bene) (CIL, XIV, 614), *inbicto* (CIL VI, 746), *bixit* (=uixit), habiendo adoptado la *b* carácter de fricativa en ciertas posiciones, en particular entre vocales. En el siglo 4.° d. C. la *u* se hizo consonante labio-dental (*v*).

El castellano antiguo distingue todavía la *b* inicial de la *v;* comp. *besar, boca,* frente a *vino, vertud,* etc., pero las confusiones ya abundan en los documentos más antiguos (v. Menéndez Pidal, Cantar I, 32, 2).

Sabido es que la diferencia ortográfica entre *b* y *v*, en el castellano moderno, no responde a la verdadera pronunciación, dado que como inicial y en el interior tras nasal, la *b* tanto como la *v* designan un sonido oclusivo: *boca* [bóka] <lat. *bucca*; *vaca* [báka]<lat. *vacca; ambos* [ámbos]<lat. *ambos; enviar* [embiár]<lat. *inuiare.* En posición intervocálica, en cambio, *b* o *v* representan un sonido fricativo bilabial, así en *lobo, lavar.*

El francés no ha continuado el sonido bilabial , sino el labio-dental de la época tardía: *avoir*<lat. *habēre*; *veuve,*<lat. *uidua,* donde la *v* representa una consonante fricativa sonora labio-dental.

§ 39.

Respecto de la *i* (j) se puede decir que, según los testimonios de los gramáticos, era, en un principio, una *i* consonántica sin ruido de fricación, por lo que los romanos no usaron un signo especial; con frecuencia la expresaban por la I longa.

Más tarde, sin embargo, en la época imperial, adopta carácter de espirante, como se desprende de las observaciones de POMPEYO (K. V, 104): «perdit sonum suum et accipit sibilum».

Dialectalmente desarrollóse este último sonido, en parte, a una silbante, que se representaba en la escritura por *z, s, di, gi;* v. g.: *Zanuario* (CIL X, 2466) = Ianuario. *Sūstūs* (CILX, 2170)=

I u s t u s; *Codiugi* (CIL. X, 2559) = c o n i u g i; *Magias* (CIL. X, 4545) = Maiâs.

Esta articulación dorsal de la *i* (j) fácilmente pudo pasar a la de *dz*, sonido que aparece en ital. *giovane*<lat. *iuuenem; già* de lat. *iam* (comp. fr. *jà*); v. S. p. 239.

§ 40.

Debido a su carácter de semi-vocal, la *i* se adhiere, en posición intervocálica, tanto a la vocal precedente como a la que sigue, de modo que la división de sílaba cae en el medio de la semivocal. Por esta razón, solía escribir Cicerón doble i en palabras como por ej.: *aiio*, *Maiia*, según lo que leemos en Quintiliano I, 4, 11: «sciat etiam Ciceroni placuisse «aiio Maiiamque» geminata i scribere. Confirma esta noticia el gramático VELIO LONGO—siglo 2.º d. C.— refiriéndose especialmente a la ortografía fonética de Cicerón quien, «según parece se dejó guiar en la escritura por el oído, creyendo que se debía escribir Aiiax y Maiia con doble i» (1).

Estas observaciones reflejan la verdadera pronunciación de aquel tiempo y es inexacto, pues, decir que la *i* intervocálica de la latinidad clásica sonaba como el sonido castellano «y» en *ya* (comp. R. de Miguel, Gram. p. 3; Caro y Cuervo, Gram., p. 2: «se escribe *major*, *Troja* y se pronuncia máyor, Tróya,») ; la verdad es que *maior* sonaba más bien como m a i j o r.

Una prueba evidente de lo que acabamos de decir, es, que esta segunda i(=j) aunque no se expresara gráficamente—contaba hasta como verdadera consonante en la métrica, pues formaba sílabas largas «por posición».

NOTA.—Los signos *j* y *v*, que se usan hoy día corrientemente para *u*, *i*, semi-vocales, son invenciones que datan del tiempo del Renacimiento. Hoy, muchos distinguen, por razones puramente prácticas *u* y *v*, sin usar la *j*, aunque, según hemos visto, sería más lógico emplearla también, si no se quiere seguir el uso del latín clásico que conocía únicamente la *u* y la *i*.

9.—*g*.

§ 41.

La g representó en latín una consonante oclusiva, que guardaba este carácter también ante vocales palatales. No corresponde, en-

(1) «in plerisque Cicero uidetur auditu emensus scriptionem, qui et Aiiacem et Maiiam per duo i scribenda existimauit»... (K. VII, 54, 16).

tonces, a la pronunciación clásica el uso corriente hoy día entre los españoles de dar a la *g* ante *e*, *i* el valor fonético de una velar fricativa como en castellano; comp. Caro y Cuervo, Gram. p. 2.

En cuanto a la pronunciación del grupo *-gn-* se puede decir que, en un principio, era realmente la de una oclusiva pospalatal sonora + nasal, v. g.: *dignus*<**dec-nos* (comp. *decet*). Más tarde, *gn* acercó la articulación de la oclusiva a la de la nasal, resultando [ŋ]: *lignum* <**leg-nom* (comp. *legô*), sonaba l i ŋ n u m . Pero no habiendo signo especial para ŋ, quedó en la escritura la *gn*.

Esta evolución del grupo *g n-* a ŋ queda comprobada por el cambio de la *e* en *i*, por ej. en : *dignus* o *ilignus* (derivado de i l e x, i l i c i s), cambio que se verifica únicamente ante ŋ+cons. (v. So. § 53, a), y luego por la pérdida de una nasal precedente, como por ejemplo en *ignoscere* por **in-gn-*.

NOTA 1.—*Lignum* dió en castellano *leño;* la *g*, primitivamente pospalatal, se hizo prepalatal por la influencia de la vocal precedente y palatalizó a su vez a la *n: ñ* (fr. *gn*); en sardo *-gn-* dió *nn: linna* (leña); esta asimilación se encuentra en grafías tardías *sinnu* = *signum* (CIL IX, 2893); comp. So. § 131, 3.

NOTA 2.—En el latín posclásico, la *-g-* intervocálica adoptó carácter fricativo, confundiéndose con el sonido fricativo desarrollado por la semivocal *i* (de ahí las grafías como *Magias*=*Maias*, CIL X 4545), grado de evolución que suponen también formas , como *maester* (CIL III, 14730), precursores inmediatos de los romances.

10.—*b, d.*

§ 42.

La *b* era consonante explosiva bilabial sonora; tenía este carácter también en posición intervocálica, v. g.: *habere,* donde estamos inclinados a darle una articulación fricativa a la castellana que no le corresponde para la época clásica en la lengua culta. En el habla vulgar se hizo fricativa [v], probablemente ya en el siglo 1.° d. C., confundiéndose luego con la *u* fricativa (véase supra § 38, nota), según prueban las grafías *iuuente* (=iubente) (CIL. XI, 137).

Ante una explosiva áfona asimiló su articulación a la de esta. De ahí que *b* + *s* sonara [ps], v. g. en incripciones; *opsides* (obsides) CIL. I, 7—siglo 3.° a. C.—; *pleps* (plebs), CIL. XII, 4333—siglo 1.° d. C.; comp. APP. PROBI, así como las formas *traps* (trabs), *urps* (urbs), etc. (véase supra § 21). Lo mismo sucedió con *b*+*t* que sonaba [*pt*] así por ej.: *optenui* (obtinui) CIL. I,

38; en *obtempero* [ɔptɛ'mpero:] se conservó la *b* en la escritura, como lo vemos también, en general, en los ejemplos antes citados, sea por analogía con otras formas o por razones etimológicas.

Como final la *-b* sonaba menos distintamente y en palabras como *ab*, *ob*, *súb*, etc. su valor fonético dependía, en general, del sonido siguiente. Cuando se usaban estas preposiciones proclíticamente, formaban una unidad fonética con la palabra siguiente. Empezando esta por vocal, tratábase la *-b* como intervocálica y principiando por consonante, la *-b* asimilaba su articulación a la del sonido siguiente.

Lo mismo ocurre con la *-d* en *apud*, *ad*, etc. (véase Introducción).

11.—*p*, *t*, *c*—*ph*, *th*, *ch*.

§ 43.

Las explosivas áfonas *p*, *t*, *c*, no tenían nada de aspiradas en latín arcaico y vulgar. No conociéndose en la lengua del Lacio los sonidos griegos correspondietes a *th*, *ph*, *kh** estas letras desaparecieron del alfabeto que adoptaron los romanos, conservándose—con ciertas modificaciones—sólo como signos de las cifras 100, 500, 50, respectivamente. Las aspiradas griegas se transcribieron por las simples *p*, *t*, *c*; por ejemplo: *arcitectūs* (CIL. I, 1216) *teatro* (ib. 571); *purpura*.

Más tarde, hacia mediados del siglo 2.° a. C., los romanos echaron mano de *th*, *ph*, *ch* para transcribir con mayor exactitud ortográfica los sonidos griegos θ, φ, χ. Pero luego aparecieron las aspiradas también en vocablos y nombres propios genuinamente latinos, v. g.: *pulcher* [púlkhɛr], *Gracchus*. Que la aspiración de estas consonantes fué efectiva nos enseñan los autores de aquella época. Para que fuera entendido mejor por el pueblo, Cicerón pronunciaba algunas voces sin la aspiración que usaba en ellas la gente culta; dice que «sabía que sus antepasados aplicaban la aspiración únicamente a las vocales». El admite, sin embargo, conforme al habla corriente la aspiración en *pulcher*, *Cethēgus*, *triūmphus*, *Karthagô*, pero la condena en *Orciuius*, *Mato*, *Otô*, *Caepiô*, *sepulcrum*, *corôna*, *lacrima* por considerar más correctas estas formas que

*) Por falta de medios tipográficos estos signos griegos no se pueden reproducir aquí.

las con las aspiradas (sepulchrum, chorôna, etc.), que empleaban personas semicultas. (1).

En el siglo 1.° d. C. ya había pasado esta moda, pues Quintiliano habla (I, 5, 20) de cosas pasadas cuando cita los ejemplos de *chorônae, chenturiônes, praechônes* y alude al conocido epigrama 84 de Catulo, en que el poeta se burla de las personas de poca cultura, que, imitando la moda, usan la aspiración donde no debe estar, como Arrius que dice *chommoda* (véase supra § 26).

§ 44.

En varias palabras los gramáticos vacilan mucho respecto de si se debe usar la aspiración o no. Esto prueba, al parecer, que el uso de las aspiradas no ha sido general en todo el territorio de habla latina.

Además, confirman las inscripciones así como la evolución posterior de la lengua, que el latín vulgar no conocía las consonantes aspiradas.

NOTA.—Por esta última razón no han pasado tampoco a las lenguas romances, que no muestran ningún vestigio de *ch* y *th*. En las voces en que la *ph* de las formas literarias corresponde al griego φ, la evolución posterior permite precisar la época en que esos vocablos entraron en el latín. En el período antiguo el sonido [*p* h] se representaba, como ya decíamos por la simple *p;* de ahí que a la palabra griega κο'λαφος responda una forma romance *col(a)pus* de donde, cast. ant. *colpe* (mod. *golpe*), ital. *colpo*, prov., fr. ant. *colp* (fr. mod. *coup*.)

Sólo en algunas voces que conservaron en la ortografía la *h*, se pronunciaba más tarde la *ph* como *f;* v. g.: *triumphus*, que por tanto dió la forma castellana *triunfo* (ital. *trionfo*, fr. *triomphe* [triɔ̃f]); si se hubiera tomado como base el arcaico *triumpus* (o *triumphus* con la antigua pronunciación [ph]), habría resultado en castellano *t r i u m p o.

En el griego de las épocas tardías, la φ se hizo fricativa bilabial y luego labio-dental [f]. Por esta razón cambiáronse palabras como por ejemplo: lat. arc. *stropa* de στρcφη' en *strofa*, de donde cast. *estrofa*.

(1) «quin ego ipse, cum scirem ita maiores locutos esse, ut nusquam nisi in uocali aspiratione uterentur, loquebar sic, ut pulcros Cetegos triumpos Kartaginem dicerem, aliquando idque sero conuicio aurium cum extorta mihi ueritas esse usum loquendi populo concessi, scientiam mihi reseruaui. Orciuios tamen et Matones, Otones, Caepiones, sepulcra, coronas, lacrimas dicimus, quia per aurium iudicium licet.» (Orator § 48, 160).

§ 45.

Merecen especial atención palabras como *pulcher*, que nos dejan ver claramente la cualidad fonética de la *c* ante *e*. No hay duda de que la aspiración habría sido completamente imposible en voces como la que acabamos de citar, si la *c* no hubiese sido pronunciada como *k* (ch = kh), pues partiendo de *pulcer* [púltsɛr], no se habría llegado nunca a una forma *pulcher*. Esta exige como base la pronunciación [púlkɛr].

Estas consideraciones nos llevan al problema del valor fónico de la *c* ante vocales palatales.

12.—*c ante i, e, ae, oe, eu, y.*

§ 46.

Hasta el siglo 5.° d. C., la *c* latina sonaba en todas posiciones —por consiguiente también ante *e, i*—como *k*, es decir, era una consonante oclusiva pospalatal en contacto con las vocales de la serie posterior, pero mediopalatal o prepalatal con las vocales de la serie anterior.

Una *c* que correspondiera al sonido español [θ], respectivamente [s] en la pronunciación hispanoamericana, no ha existido hasta esa fecha.

Sin embargo, el uso general entre españoles es pronunciar como en castellano; siguiendo el mal ejemplo de otros pueblos que igualmente acomodan la pronunciación de este sonido a la que tiene en su propio idioma.

Este es uno de los puntos en que aun somos esclavos de la tradición. ¿Por qué dice el español [θíθɛro], el alemán [tsítsɛro], el italiano [tʃítʃɛro], el inglés [sísɔrou] y el francés [sisέro]? Porque todavía se enseña el latín con una pronunciación bárbara. ¿Cuándo llegaremos a una uniformidad en esta materia?

§ 47.

En los párrafos siguientes vamos a dar los principales argumentos que prueban con toda evidencia la pronunciación de la *c* ante vocales palatales como [*k*].

1. Es verdad que los antiguos gramáticos no hablan expresamente del valor fonético uniforme del sonido *c* [k] ante las distintas clases de vocales, porque para ellos era una cosa muy natural que no necesitaba ningún comentario especial. Pero no dicen nada tampoco de lo contrario. Este hecho, es, pues, una prueba indirecta de la pro-

nunciación uniforme de la *c* como [*k*] O ¿sería imaginable que hubieran omitido, por casualidad o por descuido, llamar la atención hacia un fenómeno tan notable como el de un cambio de pronunciación de la *c* por ej. en ciertas formas de una misma palabra, si hubiera existido? No hay nada más lógico que decir *amîcî* [amí:ki:] en el genitivo, cuando el nominativo era *amîcus* [amí:kus], y si *âcris* se pronunciaba [á:kris] y *âcre* [á:krɛ], en el masculino *âcer* no se habrá dicho [á:ɕɛr], [á:tsɛr], [á:sɛr], etc. sino [á:kɛr]. Lo mismo ocurrió con *dûcô* [dú:ko:]—*dûcis* [dú:kis]; *capiô* [kápio:]—*cêpî* [ké:pi:], etc.

2. Muy ilustrativo es también en esta cuestión comparar las voces latinas con las palabras o raíces emparentadas de otras lenguas indoeuropeas.

a. *Sánscrito.* La voz latina *caelebs* (<*c a i v i l o-b o, *c a i l o-b o, v. Walde, Wtb. p. 106) corresponde en suprimer elemento a la forma sánscrita *kêvala-s*. Relaciónase también en general, sánscr. *kêsara-* (=pelo, melena) con el latín *caesaries* (= pelo); comp. lat. *Caesar*, alem. *Kaiser.*

b. *Germánico.* Según la ley de Grimm aparece en las lenguas germánicas una *k* indoeuropea como *h;* así responde gótico *hals* a lat. *collum*. Igual correspondencia debe verse entonces en gót. *haihs* y lat. *caecus* (V. Walde, Wtb. p. 106).

c. *Griego.* El que conozca el parentesco que hay entre el griego κέλλω (empujar, impeler), κελης (caballo de carrera) y el latín *celer*, no encontrará nada de raro en la pronunciación [kɛ'lɛr] de la palabra latina. Suele causarles risa a muchos cuando oyen por primera vez vocablos como *cieô*, *citus*, *cingô*, etc., pronunciados [kíɛo:], [kítus], [kíŋgo:], etc., pero nada de particular tiene para ellos la pronunciación [kío:], [kinéo:] del verbo griego κίω, κινέω (mover, moverse), a cuya familia pertenecen los dos primeros vocablos latinos; y a todos les parece cosa muy natural, que se diga en griego κιγκλις [kiŋklis] (cerco), ¿por qué les suena raro decir en latín [kíŋgo:], con que está cognada esta palabra griega?

d. *Albanés.* Interesante es también el estudio del elemento latino en el albanés (1), que ha conservado hasta hoy día el sonido latino k ante *e*, *i*, como muestra la forma *kint*=lat. *centum*, *fake*=lat. *facies; kiel*=lat. *caelum* (V. So., § 107).

e. *Osco.* Uno de los parientes más cercanos del latín es, como se sabe, el osco. En este dialecto itálico

(1) El albanés se habla en la región de la antigua provincia romana Iliria.

se usa también la letra k ante *e;* v. g.: *keenzstur*, cuya equivalencia latina es *cênsor* (v. supra § 16, 1, nota 1), o lat. *cêna* (lat. arc. *cesna*<**certsna*) que en osco era *kerssna* (Brugm. § 180, lat. *cenîs* = osco *kerssnais*).

Todos estos ejemplos que acabamos de estudiar como fenómenos relacionados entre sí por cierto parentesco lingüístico desde los tiempos más remotos, hacen más que probable—casi podemos decir aseguran—que la uniformidad en la pronunciación de la explosiva gutural k fué conservada también por el latín. Por lo menos, no hay indicios para suponer lo contrario, dado que las voces tomadas de otros idiomas prueban que el latín mantuvo las relaciones con las lenguas emparentadas, hasta, a lo menos, el siglo 5.° d. C.

§ 48.

1. Para probar este último hecho vamos a citar algunas voces latinas prestadas del griego. Así tenemos por ej. lat. *cêra* que fué tomado del griego *κηρός*; lat. *cincinnus* (rizo)<gr. *κικιννος* *cista* (cesta) <gr. *κιστη;* lat. *scaena* (escena) <gr. *σκηνή* lat. *scêptrum* (cetro)<gr. *σκῆπτρον*. Numerosos son los ejemplos de verdaderos extranjerismos tomados del griego; v. g.: lat. *cerasus* (cerezo)<gr. *κέρασος* lat. *cichoreum* (chicoria)<gr. *κιχορειον* lat. *cithara* (cítara)<gr. *κιθάρα* etc.

2. Hay relaciones muy parecidas también entre el latín y el alemán: así el título que llevaban los emperadores alemanes *Kaiser* era en latín *Caesar*. ¿Cómo es posible creer que los romanos hayan pronunciado esta palabra [sɛ':sar] o [tsɛ':sar] o [tʃɛ':sar]? Obsérvase en ciertas lenguas que un sonido [k] pasa a [s], pero nunca lo contrario.

Otro ejemplo sería la palabra alemana *Keller* (bodega) del lat. *cellarium;* alem. *Kicher(erbse)* (garbanzo) = lat. *cicer;* comp. el nombre *Cicero;* alem. *Kerbel* (perifollo) = lat. *caerefolium;* alem. *Kiste* (cajón) = lat. *cista;* alem. *Wicke* (arveja) = lat. *uicia;* alem *Kerker* (cárcel) viene del lat. *carcer* (comp. además gót. *karkara*).

En la época en que estos vocablos entraron en el alemán, los romanos han de haber pronunciado la *c* ante *e*, *i* como la pronunciaban ante la *a;* es decir como [k] (comp. alem. *Kelch* (cáliz), que viene de latín: *calicem;* alem. *Kessel* = lat. *catillum*); pues sería absurdo creer que el sonido latino [ts] se hubiera transformado en *k* en alemán.

Los latinismos que encontraron acogida en el alemán por la influencia de los misionarios cristianos, son de fecha posterior a la del

grupo citado. Estos propagadores de la nueva fe ya pronunciaban el latín de otra manera, pues lat. *cellam* dió alem. *Zelle*; lat. *cruciare*>alem. *kreuzigen;* lat. *crucem*>alem. *Kreuz.*

Fué precisamente ese latín eclesiástico el que fomentó la pronunciación de la *c* delante de *e, i* (y otras vocales palatales), como [ts], la cual se hizo extensiva erróneamente y sin razón al latín clásico; y así ha quedado, desgraciadamente, hasta nuestros días.

La pronunciación de la *c* como [ts] tiene su verdadero origen en el latín vulgar de los siglos 4.°, 5.°, y 6.° d. C., durante los cuales se verificó paulatinamente el cambio fonético de [k] en [ts]. Del latín vulgar de esa época nació el latín eclesiástico.

§ 49.

Otro argumento en favor de la pronunciación de la *c* como *k* ante vocales palatales es su cambio con *qu* y *g* dentro del mismo latín. Así leemos en el App. Probi: *exequiae non execiae* (27) *coquens non cocens* (39); *coqui non coci* (40). Todas estas formas censuradas por el autor del App. suponen el carácter de una gutural explosiva para la *c*. (v. también § 60).

Luego, tocante al cambio con *g*, baste recordar que en las inscripciones aparece *trîcênî* al lado de *trîgênî; uîcêsimus* junto a *uîgêsimus*, etc. Nadie negará la estrecha relación entre la *g* y la *k;* pero no hay ninguna entre la *g* y el sonido [ts], [θ], [s], [tʃ]; por lo que, seguramente, se habrá dicho [tri:ké:ni:], [wi:ké:simus].

A conclusiones análogas llegamos si analizamos los numerales latinos: *quadringentî, quingentî, septingentî, octingentî, nongentî,* cuyo segundo elemento *-gentî* representa una transformación de *centum,* habiéndose convertido la *c* en *g*. Siendo imposible el desenvolvimiento de [ts], [s], [θ], a *g*, pero muy fácil el paso de *k* a *g*, resulta que la *c* de *centum* habrá tenido, evidentemente, el valor de [k].

§ 50.

Arroja también alguna luz sobre el problema que nos ocupa la historia del alfabeto latino. Los romanos heredaron de los griegos la *C*, que era la gama del alfabeto calcídico y representaba, en un principio, la *g*. Quedó *C* por *G* como abreviatura de *Caius; CN.* de *Gnaeus*. La *C* suplantó a la letra *k*, que sólo se conservó en escasas formas, v. g.: *Kaeso* (nombre), *Kalendae, kaput, kalumnia.* Por los tiempos de APIO CLAUDIO, se creó un nuevo signo pa-

ra la *G*, alargándose la *C* con un trazo hacia abajo; y se dejó la *C* para la oclusiva sorda.

Ahora, parece claro que la *k* (que se hallaba también ante *e, i: Mukianus*, *Markellino ;* v. So. § 107), tenía un valor fónico semejante al de la *c*, porque fué reemplazada por este signo que originariamente representaba a la *g*. Su valor fónico, pues, no puede haber sido sino el de [*k*].

§ 51.

Como queda dicho en § 32, 2 pronunciábase la *n* en *anceps* como [ŋ], pero esta pronunciación no es posible sino en caso de ser la *c* realmente una [k]; pues el querer aplicar el sonido [ŋ] ante [ts], [tʃ], etc., sería cosa absurda.

§ 52.

En algunos casos, los gramáticos confirman directamente la identidad de la *c* con la *k*. Según VELIO LONGO (siglo 2.°) escribíase *cocit* así como *coquit* (esta última es la ortografía preferible), pero ambas formas se pronunciaban con una simple [k] (v. S. p. 335). Las descripciones que dan TERENCIO MAURO (fines del siglo 2.°), MARIO VICTORINO (siglo 4.°); MARCIANO CAPELLA (siglo 5.°), del sonido en cuestión, conducen a resultados análogos. (V. So. § 107).

§ 53.

Interesante es también ver que uno de los más antiguos dialectos románicos en la Cerdeña, el l o g o d o r i a n o, guarda hasta hoy día la pronunciación gutural de la *c* ante *e, i;* v. g.: lat. *centum*=log. *centu* [kéntu]; lat. *caelum*=log. *kelu;* lat. vulg. *cinque* =log. *kimbe;* etc., v. Zauner I, § 43. 2.

§ 54.

Apoyan nuestros argumentos también las t r a n s c r i p c i o n e s g r i e g a s d e v o c e s l a t i n a s. De estas cita Seelmann (p. 334) entre otros los siguientes ejemplos: lat. *censum*= K H N C O N, lat. *Crescens*=K P H C K H N C; lat. *fecit*= Φ H K I T *Cicero*=gr. Κικέρων (así por el año 100 d. C.). La *c* latina (ante *e, i*), como se ve, se transcribe regularmente por *k*.

Hasta el siglo 6.° d. C. conservan esta *k* los documentos redactados en griego, como prueban las formas: φεκιτ=lat. *fecit;* πακειφικος=lat. *pacificus*, etc.

Del mismo modo, se ponía siempre *c* en latín al transcribir la *k* de palabras griegas; v. g.: σκηνή=lat. *scaena, scena;* σκῆπτρον= lat. *scêptrum;* Κέρβερος=lat. C e r b e r u s, etc.

§ 55.

Podría mencionarse también que el gran apóstol y patrono de Irlanda *Patricius* (San Patricio, † 463) ha de haberse llamado [patríkius], pues hasta hoy día se le llama en inglés St. Patrick (v. Br. § 69, 11).

§ 56.

Por último, citaremos algunos ejemplos de la estilística latina que no dejan lugar a duda sobre la pronunciación de la *c*. Nos referimos a frases que contienen una aliteración intencionada, fenómeno que hasta ahora ha merecido poca atención. Conocidísimas son las palabras de Catón: *ce*terum *ce*nseo *Ca*rthaginem esse delendam. Otros ejemplos serían: *ce*ruices *co*llumque. Lucr. 2, 802. *ci*thara *ca*ntuque Val. Flacc. 3, 158; a*c*er a*ce*rbus *cri*minosus Cic. Brut. 222. (v. Ed. Wölfflin, Arch. f. lat. Lex., III, 443) Un comentario nos parece superfluo.

13.—*ti ante vocal.*

§ 57.

Las gramáticas latinas enseñan, generalmente, que la *t* en medio de dicción delante de dos vocales de las cuales la primera es *i*, se pronuncia como la *c* castellana: así *oratio* se pronuncia orácio; *cognitio* suena cognício (v. Caro y Cuervo, p. 2; Raim. de Miguel p. 4.).

Se puede probar fácilmente que esta no ha sido nunca la pronunciación de la época clásica. La *t* del grupo *ti*+*vocal* tuvo hasta la segunda mitad del siglo 2.° d. C. (admitiendo la forma *Crescentsian*(*us*) de una inscripción del año 140 d. C., que ahora está perdida) el mismo valor que tiene hoy en castellano.

Ejemplos seguros en que *ti* pasó por asibilación a *tj*, y más tarde a *tsj* aparecen en mayor cantidad sólo en los siglos 4.° y 5.° d. C. Más tarde aun se verificó la misma evolución en el grupo *ci*, por lo que se explican las numerosas confusiones, que en muchos casos se han conservado en las lenguas romances; comp. cast. oración=lat. ora*t*io; cast. nuncio=lat. nun*t*ius; cast. gracia=lat. gra*t*ia; cast. ocio=lat. o*t*ium, etc.

§ 58.

Para determinar el valor fónico de la *t* en el grupo *ti*+*voc.* podemos valernos otra vez de las transcripciones griegas que nos ofre-

cen por ej., la forma Λα'τιον = lat. *Latium*, con τ (y no ζ) de acuerdo con la correcta pronunciación latina.

§ 59.

Luego, nos dejan ver las observaciones hechas por Varrón, Cicerón, Quintiliano y otros, que en el período clásico, el latín tendía a la mayor corrección posible en materia de ortografía y ortoepía para mantener la mayor armonía posible entre estas dos. Ahora, si nos parece seguro que los latinos hayan dicho *amí:ki:* (amîcî)—y no *amí:tsi:* o cosa parecida—junto a *amíkus* (amîcus), nos parece más que probable que a causa de esa misma tendencia a la uniformidad, también hayan pronunciado las formas *elegantium* como [ɛlɛgántium], *elegantia* como [ɛlɛgántia] y no como [ɛlɛgántsjum], [ɛlɛgántsja], al lado de formas como *elegantis*, *eleganti*, etc., donde la *t* guardaba siempre su valor de oclusiva.

14.—*qu*.

§ 60.

Otra vez tenemos que llamar la atención sobre un error que se halla en muchísimas gramáticas escolares. Dice, por ejemplo, Raimundo de Miguel (p. 3): «no se pronuncia la *u* después de *q* en las combinaciones *que*, *qui*, como en *querimonia*, *quivis;* pero deberá sonar cuando siga diptongo, como en *quaero*, *quaevis*».

La verdad es que esta *u* perdía su valor prosódico, pero no su pronunciación, cualquiera que fuese la vocal siguiente. Según Seelmann (p. 337, sg.), la *qu* latina tenía el valor de [ku], en que los labios tomaban, desde el principio , una posición redondeada para la formación de la *u* que sigue a la *q* y que se pronunciaba de una manera breve y rápida.

Prueba de que esta *u* poseía realmente carácter vocálico es, por ejemplo, el paso del arcaico *reli-cu-os* a *reliquos* (1); luego, que se escribía QVELIA en lugar de *Coelia* o *quagulum* en vez de *coagulum* (<*cogo* = *co + ago); comp. también cast. *cuajo* (port. *coalho*); cast. *cuajar* (port. *coalhar*).

Es muy característica—y habla a favor de la pronunciación de la *u* después de la *q*—la manera como los griegos escribían en su lengua las voces latinas en que se halla ese grupo; por ej.: decían Κυιριται o Κυριται por *Quirites;* Κοι'ντος, Κυ'ντος por *Quîntus*.

---

(1) En Lucrecio «De rerum natura» IV, 973, se encuentra r e l i q u a s de cuatro sílabas.

Estas transcripciones suponen para la articulación de la *q* (=k) la acción de los labios, que toman una posición redondeada, abocinándose; pues así, una *i* que sigue, se convierte fácilmente en el sonido [y] que aparece en las formas griegas.

NOTA.—En las lenguas romances, el grupo *qu* perdió a menudo la *u* y esta pérdida fué a veces tan antigua que la *q* se trató en castellano como si fuese *c:* lat. *coquina*<lat. vulg. **coqina;* **cocina*, de donde cast. *cocina* (comp. port. *cozinha;* fr. *cuisine* ital. *cucina);* lat. *torquere*>**torcere*> cast. *torcer* (ital., *torcere;* prov. *tórser*). Desapareció la *u* en la pronunciación—aunque se conserve en la escritura—en cast. *querer*, del lat. *quaerere* (comp. fr. *quérir*, ital. *chiedre*).

Mas, donde se ha conservado la *u* del grupo *qu*, ésta se considera como semi-consonante: lat. *aquaticum*> cast. *acuático* [akwátiko]; lat. cl. *quattuor*, vulg. *quattor*> cast. *cuatro* [kwátɹo]; lo mismo ocurre en italiano *quattro* y en francés *quadrupède* [kwadrypɛ:d].

DR. RODOLFO OROZ.

***